

Luis Martínez Román

Mi tío Recaredo

COMEDIA EN TRES ACTOS



Copyright, by Luis Martínez Román.-1926



1p
M A D R I D

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

CALLE DEL PRADO, NUM. 24

1926



Digitized by the Internet Archive
in 2013

Juan Rafael Berntes,
en la gratitud de su
buen amigo y admirador,
Román

Mi tío Recaredo

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Mi tío Recaredo

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Luis Martínez Román



*Estrenada en el teatro San Fernando de Sevilla, el día 9 de
octubre de 1926.*



TALLERES GRAFICOS PIÑERA

MORATIN, 63

MADRID

A GLORIA Y MARIO,

Vuestro padre.

REPARTO

PERSONAJES

INTERPRETES

TIA ENGRACIA.. . . .	Concepción Farfán.
MARIA LUISA.	Josefina Infiesta.
ELO SANTIPONCE.. . . .	María Rosa Frías.
DOÑA LUISA.. . . .	Carmen García.
GRACIOSA	Matilde Muñoz Sampedro.
SEÑORA OTILIA.	Josefina Díaz.
LILI.	Consuelo Pascual.
NOEMI.	Soledad Valladares.
RECAREDO.	Rafael Bardem.
ALEJANDRO LUIS	Emilio Fábregas.
DON MANUEL.	Fernando Aguirre.
JULITO.. . . .	José L. de Rueda.
RAFAEL.	Ubaldo Barea.
PABLO NORIEGA.	Tino Rodríguez.
VALLADARES.	Fernando C.del Acebo.
DON GENEROSO.	Rafael Benítez.
BOTONES.	Gregorio Pastor.
CHICO 1.º.	N. N.
EL CHICO DE LA OTILIA.	
VARIOS CHICOS.	

La acción de los actos 1.º y 3.º en Madrid, en invierno. La del 2.º en San Sebastián, en verano. Epoca actual.

REPORT

DATE	DESCRIPTION	AMOUNT
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010
2011
2012
2013
2014
2015
2016
2017
2018
2019
2020
2021
2022
2023
2024
2025
2026
2027
2028
2029
2030
2031
2032
2033
2034
2035
2036
2037
2038
2039
2040
2041
2042
2043
2044
2045
2046
2047
2048
2049
2050
2051
2052
2053
2054
2055
2056
2057
2058
2059
2060
2061
2062
2063
2064
2065
2066
2067
2068
2069
2070
2071
2072
2073
2074
2075
2076
2077
2078
2079
2080
2081
2082
2083
2084
2085
2086
2087
2088
2089
2090
2091
2092
2093
2094
2095
2096
2097
2098
2099
2100

ACTO PRIMERO

El comedor de la modesta casa de los Santiponce, en el que se observa el desaliño de la vida desordenada de sus dueños y la penuria en que viven. En el aparador y muebles, vestigios de pasadas grandezas, que se conservan sin pignorar por su vetustez y escaso valor; en las paredes, dos retratos de antepasados. El comedor tiene un balcón a la calle y dos puertas que comunican con un pasillo y con la alcoba del matrimonio Santiponce, respectivamente. Son las once de la mañana de un día de diciembre. TIA ENGRACIA, que es una cuarentona de muy buen ver, aunque desaliñada por las faenas caseras, tiene sobre la mesa una americana de DON MANUEL, para ver de darle la vuelta. En el suelo, un cesto con ropa blanca; en una silla, un chaquet.

ENGR. Este hermano mío es más fantástico que un cuento de hadas; porque pretender que yo le dé vueltas a esta cazadora, que tiene tres lustros y tanto lustre, es salirse de la tristísima realidad. ¡Que no hay que darle vueltas! Esta cazadora ya no puede tirar. *(Se oye timbre dentro; va a abrir, y vuelve a poco con ALEJANDRO LUIS.)*

ENGR. *(Dentro.)* Buenos días, Alejandro Luis. Pasa, si quieres, aunque te advierto que no está la niña. *(Entran los dos.)*

ALE. Pues lo siento de veras, porque hoy tengo yo un día que no sé si me arreglaré para venir a verla. ¿Y dónde ha ido?

ENGR. *(Siguiendo su faena.)* A la compra; como yo he tenido que liarme con este manto regio...

ALE. Eso; María Luisa, a la compra, y, entretanto. la mamá y la hermanita durmiendo a pierna suelta.

ENGR. Hazte cargo, Alejandro Luis; no son más que las

once y media de la mañana, y anoche se acostaron a las doce... Once horas y media de sueño no es dormir.

ALE.

¡Vaya!

ENGR.

Porque es que mi hermano también se acostó tarde.

ALE.

No estaría trabajando, de seguro...

ENGR.

¡Qué cosas tienes! Trabajando, claro que no, porque él vino al mundo con esa condición, si no no viene; pero se quedó dormido con los auriculares y el casco, y le dió la pesadilla porque le estaba dando tormento la Inquisición, amarrado a un potro que le iba comprimiendo el cráneo. Y como no se quite de radioescucha, una mañana nos lo encontramos muerto, con el cerebro extraplanizado y la almohada cubierta de serrín. Pero, si piensas esperar a la niña, toma asiento... *(Al ver las sillas ocupadas.)* Si puedes. *(Le despeja una.)*

ALE.

Tengo el tiempo tasado, porque no sabe usted el trabajo que hay en el taller. Como que he dado un salto y he subido porque no haga el demonio que se enreden las cosas y me quede sin verla en tal día como hoy. Porque supongo que habrá usted visto el almanaque...

ENGR.

Como que necesito yo de almanaques para saber cuándo es 7 de diciembre. ¡Hija de mi vida! ¡Veinte añitos!...

ALE.

¡Más lucidos y más hermosos que un jardín de flores!

ENGR.

¡Y un corazón de oro, que con cada latido manda una alegría!... ¡Niña de mis ojos!

ALE.

(Indignado.) Sacrificando su juventud y hecha una puerca Cenicienta, mientras sus padres se gastan lo que no tienen y la Elo se pasa las tardes en el Ritz haciendo la señorita del pan pringao...

ENGR.

Pues si ella y yo no arrimáramos el hombro, bue-

na andaría la casa. ¡Niña de mi vida! ¡Veinte añitos! ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fué ayer cuando tenía en mis brazos y cogido a mis pechos aquel rollito de manteca rosada y hundía mis dedos en sus carnecitas... ¡Ay, Engracia, quien te ve y quien te vió!

ALE. Yo no sé quién la habrá visto a usted, pero todavía tiene usted muy buen ver.

ENGR. *(Con cómica coquetería.)* Según como me miren, puede. Pero no me hago ilusiones... Pasan, pasan los años.

ALE. Los años y los minutos, tía Engracia, y yo no puedo esperar más. Usted hará el favor de entregar esto, en mi nombre, a María Luisa... *(Le da un estuche.)*

ENGR. *(Tomándolo.)* ¿Y qué es esto, si puede saberse?

ALE. Puede verlo, que para usted no hay secretos. Es un recuerdo mío, por su cumpleaños; y dígame que haré los posibles por volver a verla.

ENGR. ¡Madre de los Desamparados! ¡Qué sortija! ¿Pero te has vuelto loco, Alejandro Luis?

ALE. Loco por ella, hace un rato muy largo.

ENGR. ¡Y qué alegría que va a tener cuando la vea!

ALE. Si eso no vale nada... El brillante del Gran Mogol quisiera yo para ella...

ENGR. Tú sí que lo querrías, pero no sé qué iba a hacer ella con el brillante del Gran Mogol, comprando coliflores para el huevo en la Corredera y llevando a la Graciosa de carabina.

ALE. Descuide usted, que no deslumbrará a nadie con esas cuatro rositas y unos gramos de oro que he podido ir reuniendo para engarzarlas yo mismo con estas manos.

ENGR. La lástima es que no sean esmeraldas, que es el talismán para la niña, porpue nació en diciembre, bajo el signo de Piscis.

ALE. ¡Quién cree en esas cosas!

ENGR. Todo el que tenga algo en el caletre; y la prueba es que a la pobre niña le está saliendo todo como se lo predijo el horóscopo: vida de trabajo, poco afecto en la familia...

ALE. No me hable usted de la familia, porque me descompongo.

ENGR. ¿Qué, te han hecho otra nueva inconveniencia?

ALE. No se trata de mí: es de la Elo.

ENGR. ¿De la Elo? ¿Qué pasa?

ALE. El Marquesito ese, que para ser su prometido no se porta con ella como debía.

ENGR. ¿Por qué?

ALE. Porque está dando que hablar más de la cuenta con la Ninón de Lenclós, esa cupletera de Romea.

ENGR. Eso es ya prehistórico.

ALE. Es que ayer el Marquesito ha dado otro bocinazo muy fuerte... Verá usted: estaba yo en la joyería hablando con mi principal, cuando entró el Marquesito con la socia de marras, muy compuesta y muy llamativa. Pidió que le enseñaran collares de perlas, y este quiero, este no quiero, total, que ella eligió uno de treinta y cinco mil pesetas; él se rascó la axila y aflojó los verderones, y con el collar en el bolsillo y la furcia al brazo se metió en el auto, que les esperaba a la puerta.

ENGR. Pero..., ¿estás seguro?

ALE. Como la estoy viendo a usted; y yo quería contrárselo a María Luisa, para que se lo diga a la Elo y no viva engañada.

ENGR. Pues muchas gracias, hijo.

ALE. (*Al mutis.*) Y yo me voy, que se me hace tarde. No deje usted de darle eso a María Luisa.

ENGR. Descuida, hombre, descuida. Se le dará. Y que Dios te pague el alegrón que vas a darle con el regalo. (*Le acompaña hasta la puerta; vuelve y mira*

la sortija, secándose una lágrima.) ¡Hija de mi vida! (Envuelve el estuche, lo guarda en un bolsillo y sigue su faena.)

ELO. *(Entrando en toaleta de mañana, que desentona, por sus pretensiones de elegancia, con el ambiente de la casa; es una espléndida mujer de veinticinco años. Con sequedad.)* Buenos días, tía Engracia.

ENGR. Buenos días, Elo. ¿Ha amanecido ya?

ELO. Ya ha amanecido. Sirveme el desayuno. (ENGRACIA le coloca un tazón, plato, etc. Y luego trae café con leche de la cocina, aprovechando en las salidas la oportunidad del diálogo y los momentos en que ELO lee un diario que hay sobre la mesa.)

ENGR. Desde las ocho de la mañana anda tu hermana en movimiento.

ELO. No todas tenemos la misma fibra.

ENGR. Claro que no.

ELO. ¿He tenido carta?

ENGR. Sí, del caballereite. Con corona. *(Dándole una, que ELO lee sin prestar atención a su tía.)* Y que te sienta a tí un novio Marqués igual que a la Cibeles melena a lo garsón. A ver si te pasa a tí como a la de Salazar, que iba a casarse con un gentil-hombre de Cámara que acompañaba a los Reyes a San Sebastián y acabó casándose con un mozo de San Sebastián de los Reyes. (ENGRACIA, mientras tanto, está examinando un cesto de ropa blanca, del que verá el público unas prendas agujereadas y perdidas.)

ELO. No es lo mismo. Este tiene dinero para sacarme de privaciones. ¡Hay mucho que gozar en esta vida, y dura muy poco para desperdiciarla!... ¿Y no ha habido más carta que ésta?

ENGR. Nada más. De América, nada. Se conoce que, como llueve poco, se ha secado el Atlántico.

ELO. ¡Sin llegar el dinero! ¿En qué estará pensando

- este mes mi tío Recaredo? ¡Esto es desesperante!
- ENGR. Lo mismo dicen el lechero, el carnicero y el percebe ese que trae el pescado. Las facturas, de tanto ir y venir, ya están más amarillas que el pergamino ese de «vuestro» árbol genealógico de los Santiponce.
- ELO. Bien dices: «nuestro» árbol genealógico; porque tú y María Luisa parecéis de otra casta.
- ENGR. Quizá vengamos de alguna rama bastarda; de algún desliz de una castellana con un pechero, o de algún caballero con una pechera, que de seguro no sería tan fea como ésta. (*Enseñando la de una camisa llena de agujeros que estaba repasando en el cesto de la ropa blanca.*)
- ELO. Bueno, ¿y María Luisa?
- ENGR. Ha ido a la compra.
- ELO. Supongo que ya tendrá planchado el chaqué de papá.
- ENGR. No; no ha tenido tiempo.
- ELO. Es que esta tarde es la recepción de Ruiz Echarte en la Academia de la Historia, y tenemos que ir.
- ENGR. Descuida, que estará.
- ELO. A mí, lo que queráis. ¡Allá penas!
- ENGR. (*Sin poderse contener.*) ¡Eso; y tú en taxi de franja blanca! A la manicura, al ondulado permanente y al té del Ritz, a pasarte la vida charlestoneando y simimeando mientras tu hermana se deja la piel de las manos en el fregadero y los ojos en refrescar tus trajes y los oídos dando lecciones de solfeo. ¡Y allá penas, como dices tú!... ¡Allá penas, voy a decir yo un día, y que tu madre se compre un aspirador neumático para quitar el polvo, y si tu padre quiere darle vueltas a las americanas, que se compre un manubrio. (*Alteradisima.*)
- ELO. ¿Para qué amontonarse? Nadie te retiene en esta casa.

ENGR. ¡Qué sería de vosotros si yo me fuera! (*Lllaman.*)

ELO. Ahí está tu niña.

ENGR. (*Cambiando radicalmente de expresión y saliendo a abrir.*) ¡Esa es su contraseña! ¡Es única hasta para tocar el timbre! (*ELO sigue leyendo el periódico mientras se oye dentro la conversación de ENGRACIA con MARIA LUISA; a poco entran las dos, seguidas de GRACIOSA. MARIA LUISA, de unos veinte años, fresca, alegre, graciosa y con un tipo y un temperamento de chulilla madrileña moderna. GRACIOSA es una muchacheja de catorce años, desastrada, y que por treinta reales hace los menudos menesteres de la casa y constituye toda la servidumbre de los Santiponce; lleva una red con la compra, que se le cae al ir a dejar sobre la mesa, rodando por el suelo verduras de la estación, que se pone a recoger azoradísima.*)

MARIA. (*A ENGRACIA.*) ¿Dónde tienes eso?... Buenos días, Elo.

ELO. Buenos días.

MARIA. ¡Vamos, dámelo ya! (*Impaciente y atolondrada, tira el velillo sobre la mesa. GRACIOSA, recogiendo verduras, tropieza bruscamente con la silla de ELO.*)

ELO. (*A GRACIOSA.*) ¡Qué torpísima eres!

ENGR. Pero ¿qué quieres que te dé?

MARIA. Lo que te ha dejado Alejandro Luis. Le he encontrado ahí abajo y me lo ha dicho todo. ¡A ver, dame el estuche!

ENGR. ¡Tómalo, torbellino. (*Se lo da.*) Verás qué cosa más delicada. Pero, niña, no lo abras con la mano izquierda, que trae mala pata.

MARIA. ¡Uy, qué preciosidad! ¡Qué sortija más linda! (*Se la pone.*) Mira, Elo, ¡mira qué filigrana!

ELO. No es fea.

MARIA. ¡Si es preciosa!

ELO. ¿Y valdrá mucho? (*Despectiva.*)

MARIA. (*Orgullosa.*) Para mí..., ¡más que el mundo! (*Mien-*

tras las dos hermanas examinan la sortija, GRACIOSA se empina por detrás de ellas, con curiosidad por ver la alhaja.)

ELO. *(A Graciosa, con un brusco empujón que casi la tira.)*
¡Quítate, entrometida! *(GRACIOSA, durante el diálogo siguiente, vuelve a su faena de recoger, verduras que en su azoramiento deja caer de nuevo varias veces. Ya en la puerta del pasillo, por donde va a hacer mutis, se le rueda al suelo una lombarda que recogió cien veces.)*

ELO. Si fuera oro de ley...

MARIA. *(Con ingenuidad.)* ¡Pues no ha de serlo! ¡Como todo lo que tocan sus manos! ¡Como él mismo! ¡Todo es oro de ley!... Mira, mamá, que cosa... *(Entra, loca de contento, en el cuarto de su madre.)*

ENGR. ¡Loca va la chiquilla!

ELO. Pues la sortija no es para tanto. Unas rositas muy pequeñas...

ENGR. Y el corazón de su novio que va engarzado encima, aunque tú no lo has visto.

GRA. *(¡La madre de esta lombarda!)* *(Mutis.)*

ELO. Aparte de que no es muy correcto aceptar de ese chico tal regalo. *(Mientras se hace las uñas con barniz y pulidor.)*

ENGR. En cuestión de correcciones, soy analfabeta; pero menos correcto es lo que hace tu novio; me parece a mí.

ELO. ¿Y qué hace mi novio?

ENGR. Ponerte en ridículo con una cupletera y gastarse con ella treinta y cinco mil pesetas en un collar de perlas,

ELO. ¿Cómo? *(Sale GRACIOSA, por donde se fué, con un delantal absurdo, de tela de colchón; coge algo del aparador y vuelve a hacer mutis por el mismo sitio, sobre el diálogo.)*

ENGR. Como lo estás oyendo.

ELO. En el gran mundo a nadie escandalizan esas cosas, que no merecen ni un comentario de las personas bien.

ENGR. ¡Bien!

ELO. Eso 'se desprecia. Yo estoy por encima de esas pequeñeces.

ENGR. Y tan por encima. Como que estás en lo más alto de la higuera.

ELO. ¡Lo que tú quieras!

D.^a LUISA. (*Entrando, con MARIA LUISA, en traje de mañana, pretencioso.*) ¿Y a santo de qué viene ese regalito?

MARIA. Me lo ha traído por mi cumpleaños.

LUISA. ¡Ah, pues no me acordaba!

MARIA. Tú, no; pero él, sí. (*Con dejo de amarga resignación.*)

LUISA. Buenos días, Elo.

ELO. Hola, mamá.

MANU. (*Entrando, en toaleta de pijama elegante.*) ¿No ha venido correo?

ENGR. Una carta para Elo, nada más.

LUISA. ¿Pero en que estará pensando ese Recaredo? (*Vuelve GRACIOSA a entrar, dejando sobre el aparador unos cubiertos, limpiándolos previamente con el delantal; va a hacer mutis nuevamente, y en este momento se fija en ella DOÑA LUISA. ENGRACIA sirve el desayuno a sus hermanos.*)

LUISA. (*A GRACIOSA.*) Y a propósito del tío Recaredo; es-cucha, tú, Graciosa.

GRA. (*Limpiando una cuchara con el delantal.*) Mandusté.

LUISA. Ya estás cogiendo el lío y largándote a la calle ahora mismo.

GRA. (*Muda de espanto, deja caer al suelo los cubiertos.*) ¡Anda! ¿Pero por qué?

LUISA. ¡Por cotilla!

MARIA. Pero, mamá, por Dios...

- LUISA. Sí, señor: ¡por cotilla!
- GRA. ¡Anda! ¿Cotilla yo?
- LUISA. Tú, que te pones a hablar con la portera de lo que no te importa.
- GRA. ¿Por lo de ayer mañana?
- LUISA. ¡Por eso!
- GRA. ¿Por lo que hablemos de ese tío de usté? (A ELO.)
- LUISA. Precisamente.
- GRA. Pero si fué la señá En la que hablo de ese tío...
- ELO. ¿Eh?
- LUISA. ¿Cómo de ese tío?
- GRA. De ese Don «Recadero». Que si es un tío que tién las señitas en las Américas... o en las «Natillas», que si es quien les manda a ustés el dinero pa el gasto.,.
- ELO. ¡Cállate, deslenguada!
- GRA. Pero si fué ella la que me lo contó a mí, si yo no sabía ná... ¡Pos bueno! A ver si juegan los burros y pagan los arrieros, como el que otro dijo...
- LUISA. Fuiste tú, sinvergüenza, y no quiero verte ni un minuto más en esta casa.
- MARIA. Pero, mamá...
- ENGR. Luisa, considera...
- MANU. Real y verdaderamente, estas escenas con la servidumbre son desagradables.
- LUISA. He dicho que se larga, y se larga ahora mismo.
- GRA. (A MARIA LUISA y ENGRACIA, gimoteando.) Déjenla ustés, que ya me voy; porque yo no tengo derecho de aguantar que me insulten. Por usté (A ENGRACIA.) y por la señita María Luisa, que me pidan rodar, pos voy y rodo; pero por Doña Luisa y por la señita Elo, que me tién mondá la coronilla a repelones, me voy a gusto.
- ENGR. ¿Pero dónde vas a irte, criatura? ¡Si la pobre no tiene a nadie!...
- GRA. (Mientras se quita el delantal, que dobla y se echa al

brazo.) Se agradece la intención, Doña Engracia, pero aún tengo a mi hermano que, tan y mientras entre al servicio, gana pa los dos.

ELO. ¡Pues hala ya! Y largo con tu hermano, que aquí no queremos cotorras de portería. (*La empuja, y GRACIOSA se va por el pasillo, lloriqueando,*)

ENGR. Pero, Luisa...

LUISA. ¡He dicho que se larga y se larga! Soy yo demasiado señora para verme en lenguas de mi servidumbre.

ENGR. ¡Allá películas!

MARIA. Si no fuérais vosotras las primeras en hablar mal de mi tío Recaredo...

MANU. Y con mucha razón, porque el corazón de tu tío Recaredo se anega en el desafecto y la ingratitud

LUISA. Es un sórdido que nunca ha querido ni a su madre; que abandonó la casa y la familia porque es un egoísta que no piensa más que en su conveniencia.

ELO. Y a nosotros que nos parta un rayo. Yo no sé cómo andaréis de dinero...

LUISA. Sin un real.

MANU. Real y verdaderamente, así es.

ELO. Pues mañana empieza la Novena, y ya sabes que por la tarde empezamos a pedir nosotras en las Calatravas, con las de Palomares.

ENGR. Y que desde ayer por la mañana están pidiendo los proveedores a la puerta de casa; con las de Caín.

LUISA. Si, mujer; ya lo sé.

ELO. Y que al sentarnos en la mesa de petitorio tenemos que poner, por lo menos, un billete de diez duros en la bandeja.

ENGR. Si no es más que por dar el golpe, yo puedo darte uno...

ELO. ¿Pero tú tienes?

- ENGR. Es un anuncio de una sombrerería; pero que dará el pego a la media luz de las velas.
- MARIA. Yo cobraré mañana las lecciones de Pura y Lulú Méndez... Si hace...
- LUISA. Siempre será un respiro. ¡Ay!
- MARIA. Pues ya lo sabes. (*Mutis por la izquierda con un chaqué en la mano.*)
- ENGR. No te apures, mujer; que ayer vi tres curas y un caballo blanco, y eso es suerte, o noticias de un pariente lejano, que no puede ser otro que Recaredo.
- MANU. Lo que yo me temo es que le haya dado un venate de los suyos, como es un hombre tan raro y tan inquieto, que ya una vez estuvo para que lo encerrasen. (*Entra MARIA LUISA que trajina por el comedor.*)
- LUISA. Es un descastado, que no se acuerda de su hermana ni de su familia.
- MARIA. En eso no tienes razón, mamá. Si no fuera por él, ¿qué sería de nosotros?
- LUISA. ¡Ya salió la abogada de malas causas! (*Sale GRACIOSA gimoteando y con un lío de ropa en la mano.*)
- GRA. Aquí tién ustés mi hatillo, por si son gustosas de mirarlo.
- LUISA. No hace falta. Y dentro de dos o tres días te pasas a cobrar.
- GRA. Tampoco hace falta, que ya me ha pagao lo mío la señita María Luisa. Queden ustés con Dios... Y que conste que lo que se haya sabido de Don «Recadero», ha sío por la señá Eu, la portera.
- ELO. Márchate ya, galocha,
- GRA. Queden ustés con Dios. Con Dios, Doña Engracia. (*Con afecto.*)
- ENGR. Anda con Dios, hija.
- GRA. Con Dios, señita María Luisa.

MARIA. Anda y no llores, chica; yo te acompaño... (*Se van MARIA LUISA y GRACIOSA por el pasillo.*)

LUISA. (*A la puerta del pasillo.*) Acompáñala hasta la mispuerta y hazla los honores..., que te complaces en excitarme sabiendo que estoy con los nervios de punta y que me paso las noches en vela, sin pegar los ojos.

MANU. Lo mismo que yo. Anoche no he dormido de excitación y, por si eso era poco, no sé cómo ha hecho mi cama esa Graciosa, que ha dejado el somier sin encajar en los largueros y he tenido los pies más altos que la cabeza.

ENGR. Pues ya sabes que no se toca tu somier desde que lo convertiste en antena receptora. No quiero responsabilidades si una noche no oyes bien las señales horarias o la cotización de Bolsa. (*Entra MARIA LUISA.*)

LUISA. Eso será cosa de María Luisa. ¿A que todavía está sin planchar el chaqué de tu padre?

MARIA. Ahora mismo iba a ponerme...

LUISA. ¡Ya debía estar hecho! En cambio habrás tenido tiempo para estar de charla con ese platerillo, mientras la casa está manga por hombro a las doce de la mañana...

MARIA. Pero, mamaíta, si acabáis de levantaros.

MANU. ¡María Luisa, no repliques a tu madre! Respeta el dolor de un corazón anegado en la desesperanza.

MARIA. Perdóname, mamá; yo no he querido...

LUISA. Tú nunca quieres, pero ofendes. No es bastante haberte enamorado de un cualquiera, de un oficial platero, sin consideración a tu familia y a tu abolengo, que aun agregas la desconsideración y la falta de respeto hacia tu madre... ¡Si mis abuelos, los Santiponce, levantarán la cabeza!...

ENGR. (*Sin poderse contener.*) ¡Ea! ¡Ya basta con los Santiponce, qué joroba!

MANU. ¿Eh...?

ELO. ¿Cómo?

LUISA. Pero, ¿qué dices tú?

MANU. ¿Qué es eso de la joroba de los Santiponce?

LUISA. Digo que ¡¡qué joroba!!... ¿O lo queréis más fuerte? ¿A qué viene maltratar a la niña de ese modo? ¿Sois vosotras las que lleváis el peso de la casa? ¿Quién va a la compra, quién guisa, quién plancha? ¿Eres tú? ¿Es la Elo?... ¿Es ese radioescucha?

LUISA. Mira, Engracia...

ENGR. ... Lo que hay es que estáis todos con los nervios de punta por lo de Recaredo y descargáis con María Luisa, como siempre.

MANU. ¡Cállate, Engracia!

ENGR. ¡No quiero! Y si ese se ocupara en algo útil, y tú no flirteases con ese Marqués de las Bocas de la Isla, y tú no te anduvieras por las ramas de tu árbol genealógico...

ELO. ¡Cállate, tía Engracia!

ENGR. ¡No quiero! De otro modo andaría la casa, y no tendrías que esperar la carta de Ultramar para pagar al ultramarino, ni tus ilustres antepasados los Santiponces dirían una palabra, que si están ahí tan serios no es de orgullo, sino de asombro, al ver lo holgazanísima que les ha salido la descendencia...

MARIA. *(A su oído, suplicante y tirándole de la falda.)* ¡Calla, tía Engracia!

ENGR. ¡No quiero! Y cuando tengáis nervios, tomad tila, y que cada palo aguante su vela y no venga a pagarlo todo la pobre niña, que es lo único bueno que hay en esta casa.

MARIA. Basta, por Dios...

ENGR. Ya me falta muy poco. Y la única que tiene en sus venas sangre noble y agrededida.

- MANU. Real y verdaderamente, no sé cómo he tenido calma para haberte oído...
- ENGR. Una cosa así dicen en el Tenorio, pero en verso.
- MANU. ¡Ingrata!
- LUISA. ¡Desagradecida! ¿Qué sería de tí si no te acoge la casa de tu hermano?
- ENGR. Me hubiera metido a carabina, o a taquimeca, o hubiera cruzado a nado el Canal de la Manchá, que no necesito yo de sopas bobas.
- MARIA. Cállate ya, por Dios.
- ENGR. Ahora sí quiero, que ya uo me queda nada por decir.
- LUISA. Pero a mí, sí; que yo no he de callarme sin echar en cara a ese energúmeno su desagradecimiento...
(*Lllaman; sale a abrir MARIA LUISA.*)
- ELO. ¡Silencio, por Dios'...
- MANU. ¡Callarse todos! ¡Chist'...
- LUISA. (*A voces; agresiva.*) ¡Energúmeno, sí!...
- ENGR. (*Lo mismo.*) ¡Tila!
- LUISA. ¡Galeote!
- ENGR. ¡Cuñada!
- LUISA. ¡Desagradecida!
- ENGR. ¡Madrastra! (*Mientras las voces suben a un rasca-cielos, y ELO y DON MANUEL tratan de imponer silencio y de impedir que vengan a los moños, entra, visiblemente descompuesta, MARIA LUISA.*)
- MARIA. ¡¡Mi tío Recaredo!! (*Silencio y asombro en todos; MARIA LUISA vuelve al recibimiento.*)
- ENGR. (*¡El caballo blanco y los tres curas!*)
- RECA. (*Dentro.*) Deja aquí el baúl, y aquí las maletas...
(*Los que están en escena se arreglan las caras, se estiran los vestidos y no saben qué hacer.*) (*Dentro.*) Pero, muchacha, qué guapísima estás.
- ENGR. (*Decidiendo a todos.*) Vamos a recibirle.
- LUISA. Vamos... (*Se van todos; se oyen dentro saludos, palmetadas de abrazos, etc., y a poco entran todos con*

RECAREDO. *Es un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien conservado, alto, delgado, Es inquieto, no está mucho tiempo sentado en el mismo sitio y mientras habla hace batutas de papel o pajaritas o saca el pañuelo, abre o cierra los balcones y vive en perpetua nerviosidad; es un humorista estoico que se hace cargo de todo y no le conmueve nada.)*

RECA. ¡Qué sorpresa! ¿Eh?

LUISA. Puedes hacerte cargo...

MANU. ¡Quién iba a suponer!...

LUISA. Ni quién iba a pensar que te presentases así, tan de improviso. No hace veinte minutos hablábamos de ti...

RECA. Mal, naturalmente.

MANU. ¡Qué cosas tienes! *(Le abraza.)*

LUISA. Vamos, tú siempre el mismo.

RECA. ¡Caray, qué sobrinitas! Esta es la Elo, ¿no?

ELO. Si, tío.

RECA. ¡Lo que ha cambiado! Si me la encuentro en la calle no la conozco.

LUISA. Claro; si no la ves desde que tenía cinco años.

RECA. Por eso digo que no la hubiera conocido... ¿Y María Luisa? ¿Dónde está María Luisa?

MARIA. *(Que entra con dos maletas.)* Aquí me tienes.

RECA. Ven que te vea a la luz. ¡Qué chiquilla tan guapa! *(Llevándola junto al balcón.)*

LUISA. Dame el sombrero. *(Pidiéndole uno, como de explorador, que lleva puesto.)*

MANU. Siéntate aquí y descansa. *(Se sienta RECAREDO.)*

RECA. Los mismos muebles de hace quince años... La misma mesa... ¡Caray! *(Se levanta.)* ¡Y los mismos retratos de Don Tristán de Santiponce y de Don Iñigo de Santiponce, que no me quitaban ojo cuando era muchacho!

LUISA. Bueno, pues déjalos quietos y no vayamos a empezar también, como hace quince años, con la ma-

nía de volverlos cara a la pared... (RECARDO *se ríe con risa francota*. ENGRACIA *hace algunas pasadas, llevando maletas, portamantas, etc.*)

RECA. (A LUISA.) ¡Chica, qué vieja estás!

LUISA. ¡Hombre, mil gracias! En cambio, tú, qué bueno.

MANU. ¡Y qué coloradote!

RECA. El curtido del aire y la vida del campo...

ELO. Cuéntanos, cuéntanos...

RECA. Ya irá saliendo todo. Lo peor, cuando se llega de un viaje largo, es querer contar cosas. Se embarullan todas y no se cuenta nada. Hay que ir dejando que salgan poco a poco. (*Al ver a ENGRACIA, que entró.*) ¡Ven acá, Engracia! A ti sí que tenía yo gana de verte. ¡La joya de la casa! Te recuerdo como eras cuando me escapé para irme a Nueva York... Estabas guapísima. (*Se han abrazado.*)

ENGR. ¡Qué memoria, hijo! Yo ya no me acuerdo.

RECA. Y lo sigues estando, ¡que caray!

ENGR. Bueno, déjate de rapsodias húngaras y a ver qué hacemos, que ya han subido todo tu equipaje...

RECA. Pues, por lo pronto, pagar a los mozos lo que sea. (*Todos ponen una cara hasta las rodillas y se miran consternados.*)

MARIA. Voy a preguntarles cuanto es todo... (*Se va.*)

RECA. Abriré ese balcón, si no os molesta. (*Lo hace.*) Yo necesito aire, mucho aire...

MANU. (*Subiéndose el cuello.*) No, ¿qué ha de molestar? Estás en tu casa.

MARIA. (*Entrando.*) Piden nueve pesetas.

LUISA. (*A MARIA LUISA, no sabiendo por dónde salir*) Pues... cógelas de la mesa de tu padre,...

MARIA. (*Medio mutis.*) ¿De la mesa? Si allí no tiene más que billetes...

ENGR. (¡Los capicúas del autobús!) (*Al quite.*) Mira, no te molestes, porque no tiene más que billetes gran-

des y los mozos no traerán cambio. (*A RECAREDO.*)
A ver si tienes suelto.

RECA. ¿Cuánto has dicho?

MARIA. Piden nueve pesetas.

RECA. Que les den dos duros; tómalos... (*Los da. MARIA LUISA sale con ellos, entrando a poco.*) Supongo que habrá un rinconcito para mí en esta casa.

LUISA. Pues no faltaba más...

RECA. Entonces, que se lleven eso los criados; no os molestéis vosotras. (*Da unas palmadas junto a una puerta, como para avisar a los criados; los demás ponen la cara que es de suponer.*)

ENGR. No te molestes en hacer palmas que hoy no hay cuadro flamenco.

MARIA. ¿Dónde lo colocamos?

LUISA. Llévalo a tu cuarto..., o al de Engracia.

ENGR. Sí, que como tienen vistas al patio y a la chimenea de la tahona, le recordará las praderas americanas.

RECA. No te preocupes.

ENGR. Bueno; pero no te asomes, porque todavía está mustia la rosaleda. (*Coge un maletín, MARIA LUISA otro y salen.*)

MARIA. (*Al irse, a ENGRACIA.*) ¿Y tú, dónde vas a dormir?

ENGR. En una caña, y si no pondré unas tablas y un jergón sobre la artesa de la cocina. (*Mutis las dos.*)

MANU. Mira, si te parece, cerraré este balcón, porque, real y verdaderamente, está entrando un gris...

RECA. (*Yendo a cerrarlo.*) Deja, no te molestes. (*Viendo salir a MARIA LUISA con ropas de cama.*) ¡Guapa chica está María Luisa! (*A ELO.*) No te hago a ti de menos, que también estás guapa de veras. Pero ésta..., yo no sé, tiene un tipo castizo y marchosito que me recuerda aquellas chulillas madrileñas y aquellas modistillas de mis tiempos de chico.

ELO. Ella y la tía Engracia son aquí la quintaesencia de lo madrileño.

LUISA. La representación de lo plebeyo.

RECA. ¡Las veces que me he acordado, allá tan lejos, de mi Madrid querido, y las cosas que he hecho por no tomar el acento de aquellas gentes y conservar el mío! (*A ENGRACIA, en una pasada*) ¿Tú te acuerdas, Engracia? ¡Las habaneras y los chotis que nos hemos marcado en las verbenas!... ¡Y que no eras castiza!

ENGR. Aquello ya pasó; pero adelante la vida, y que nos quiten lo bailado.

RECA. Lo que me choca es que no haya habido otro hombre, después de tu difunto, que te haya vuelto a poner los puntos.

ENGR. (*Con gracia chula.*) Como que ya no hay hombres. ¡No hay más que futboleros Y tú, que eres castizo, ¿por qué no te casas?

RECA. Porque a mí, me revienta la familia.

ENGR. No lo dirás porque estemos delante.

RECA. Lo digo con toda mi alma. La familia es una glosopeda.

ENGR. Y tú eres un bárbaro. (*Mutis, con algún lío que vino a buscar.*)

RECA. (*Cambiando de sitio.*) ¿Vosotras, tendréis novios?

MANU. (*Por la ELO.*) Esta, sí.

LUISA. Un hombre distinguido, joven, rico, Marqués., Un bonito partido.

RECA. Ya: un pez hecho rodajas.

ELO. (*Digna y molesta.*) No: un hombre respetable.

RECA. Me hago cargo. Con muchos pergaminos y una fortuna heredada de sus tatarabuelos, que la ganaron matando moros. (*A MARIA.*) Tu novio será pobre.

MARIA. Pues no, señor: ¡riquísimo!

RECA. ¿Está bien?

MANU. ¡Está para morderlo! Es joyero. ¡Una alhaja!

LUISA. Mira, dejemos esto.

MARIA. Por mi, dejado. (*Mutis.*)

LUISA. Hablemos tus de cosas... ¿Habrás pasado horrores en Yanquilandia?

RECA. He trabajado mucho, pero con suerte. Yo llegué a Nueva York sin un centavo en el bolsillo, pero el mismo día de mi llegada me gané el primer dolar.

MANU. Tú siempre fuiste un vivo. A ver cómo fué eso.

RECA. Al poner pie en tierra, salía un barco para Europa, y en el muelle había un yanqui que despedía a su mujer y a sus hijos; el vapor se alejaba; ya casi no se distinguía a las personas, y el buen yanqui seguía en pie, flameando su pañuelo. Yo me acerqué, y le dije: «Amigo, la familia no vale el tiempo que está usted perdiendo en despedirla.» «Bueno ¿y qué?», me dijo secamente. «Que, como ya no se distinguen las personas, si usted me da un dolar yo sigo meneando el pañuelito hasta que el vapor se pierda de vista; usted queda bien, se marcha a sus ocupaciones y yo me gano el dolar.»

MANU. Y no accedería...

RECA. No sólo accedió, sino que me citó al día siguiente en su oficina para darme trabajo, y me gané unos cientos de dolares; me fuí al Oeste, tomé unas tierras de las que regalaba el Gobierno y allí me establecí de ganadero y me hice rico. Todo lo que tengo me lo he ganado con el ganado. ¡Pero he luchado mucho!

LUISA. Pues no se te conoce. Estás lo mismo que cuando te marchaste.

RECA. Por fuera, no diré; pero por dentro. (*Con hondo pesar.*) ¡Estoy hecho una ruina!

LUISA. ¿Y has venido a Europa a someterte a un tratamiento?

RECA. No, he venido a Europa... ¡a pegarme un tiro! (*Se*

levanta.)

MANU. ¡Caray, Recaredo! ¿Hablas en serio?

RECA. Y tan en serio.

LUISA. Habla pronto, que nos tienes en vilo.

MANU. No anegues nuestro corazón en la incertidumbre.

RECA. Ya hablaremos cuando estéis todos juntos, que lo que he de deciros es importantísimo para toda la familia.

LUISA. Anda, hija, dile a tu tía y a tu hermana que vengán.

ELO. *(A la puerta.)* ¡Tía Engracia! ¡María Luisa! Venid en seguida. ¡Vamos, pronto!

LUISA. *(¡Hoy acabo cardiaca!)* *(Salen rápidas y asustadimas ENGRACIA y MARIA LUISA.)*

ENGR. ¿Qué ocurre?

MARIA. ¿Qué sucede?

MANU. Que Recaredo va a celebrar consejo de familia.

LUISA. Y a hacer revelaciones importantísimas. Vamos, sentarse todos. *(Todos le rodean; cuando ya están sentados. él se levanta bruscamente y se va a otro lado.)*

RECA. Escuchadme con calma.

LUISA. Pero, hijo, estate quieto, porque parece que tienes azogue en el cuerpo. *(Todos, con gran curiosidad, cambian de sitio y le rodean de nuevo.)*

ENGR. Vamos ya; desembucha.

RECA. Yo he salido de América para no volver más.

MANU. ¿Has hecho ya tu pacotilla?

LUISA. Y vienes a gozar del fruto de tu trabajo, entre tus hermanos y al calor de la familia...

RECA. Nada de eso. Ya os he dicho que no creo en el amor de la familia, y me sofoca el calor del hogar. Si yo no estuviera tan enfermo, hubiera acabado mis días entre los cuidados del campo y de las bestias, y mis noches al amor de la lumbre, envuelto por el humo de mi pipa, rodeado de mis vaqueros, esos bravos muchachos que oyen cre-

cer la yerba en las praderas y que son mi verdadera familia.

LUISA. Tu verdadera y única familia somos nosotros, tus hermanos.

ELO. Y tus sobrinas.

MANU. Los que recordamos tu nombre con veneración y con cariño.

RECA. Los días de la llegada del correo.

LUISA. (*Muy digna.*) Y todos los días, Recaredo; que te digan éstas...

MANU. Hoy mismo lo estaba diciendo ésta: uno de estos días llegará carta de Recaredo. ¡Qué bueno es! Siempre acordándose de su hermana y de su familia.

ENGR. Justo; y aquí la Elo agregaba: ¡qué tío ese!

LUISA. Bueno, dejemos eso y sigue, porque nos tienes en ascuas.

RECA. Estaré con vosotros unos días y después me marchó a emprender el último viaje.

MANU. ¿El último viaje? ¿A dónde?

RECA. A donde se hace siempre el último viaje: a la eternidad.

MANU. ¡Caray, Recaredo!

LUISA. ¡Hijo, lo dices con una seriedad que asustas!

RECA. Pues no tienes por que asustarte, porque te nombro mi heredera universal.

MANU. (*Con toda el alma.*) ¡Menos mal!... (*Dándose cuenta al ver que todos le recriminan con el gesto, balbucea monosílabos azoradísimo.*)

LUISA. (*Al quite.*) Quiere decir que menos mal que esa será una resolución que no has de llevar a cabo.

MANU. Real y verdaderamente, eso iba a decir...

RECA. Pues te equivocas, porque estoy firmemente decidido a quitarme de en medio, y ya sabéis que desde chico mis resoluciones son irrevocables.

MARIA. Pero, ¿por qué razón?

- RECA. Porque estoy muy enfermo.
- MARIA. Pues te curas.
- RECA. Imposible. He consultado muchos médicos; me han visto las eminencias del Canadá y de Nueva York, y están de acuerdo en que tengo el corazón como un talego y en que no hay remedio para mí.
- ENGR. Hombre, tú no estás bueno.
- RECA. Pero, retroncho, ¿qué os estoy diciendo? Y como no estoy dispuesto a sufrir los tormentos de una enfermedad incurable ni a morirme en un cuartucho estrecho, metido en una cama, rodeado de médicos y parientes que me quiten el aire, llevaré a cabo mi propósito, ¡¡porque me da la gana!!
- MANU. Pero, hombre...
- LUISA. ¡Recaredo!...
- ELO. Por Dios, tío...
- ENGR. De lo que tú estás muy malo es del torrao, que decimos las castizas de Chamberí.
- LUISA. (A DON MANUEL.) (¿Dejará mucho?)
- MANU. (A ella.) No sé...
- RECA. Y ahora no me interrumpáis, que viene la segunda parte. Como yo no quiero dar molestias inútiles a la familia, ni al Juzgado de guardia, ni figurar en la sección de sucesos de los periódicos—he decidido marcharme a los Picos de Europa, a los Montes Urales o al picacho más alto de los Alpes Suizos, para matarme allí, en plena naturaleza, ¡donde mi cadáver tenga aire puro que respirar y, en vez de pudrirse entre gusanos, sirva de alimento a las fieras bravías y a las águilas imperiales.
- MARIA. (Con sentimiento ingenuo). ¡Pero, tío...!
- RECA. Yo no quiero ser un suicida vulgar; yo seré... un desaparecido...
- ENGR. Tú serás pupilo de un manicomio, porque estás

para que te aten. ¿A quién se le ocurre marcharse a los Picos de Europa a pegarse un tiro y asustar a los osos?

MANU. Naturalmente.

LUISA. ¡Claro!

RECA. Yo hago de mi pellejo jlo que me da la gana!! Repito que mi resolución es irrevocable y no habrá quien me haga desistir.

ELO. ¿Pero no comprendes la situación en que nos dejas, sin saber si vives o te has muerto?

RECA. Está todo previsto, porque no estoy tan loco como supone Engracia. Lo interesante para vosotros es la herencia...

MARIA. ¡Tío...!

RECA. Y para que no tengáis que esperar plazos, ni la Justicia embrolle estos asuntos, he liquidado toda mi fortuna en moneda contante; yo me reservo lo preciso para el viaje, y el resto aquí lo tienes en un cheque de cien mil dólares a tu nombre. (*Se lo va a dar a DOÑA LUISA.*) Son todos mis ahorros de quince años.

LUISA. (*Estupefacta.*) ¡Cien mil dolares! (*Alarga la mano para coger el cheque.*)

MANU. (*Solemnemente, cogiendo a su mujer por la muñeca, impidiendo que lo coja.*) ¡De ninguna manera! Sería impropio de una Santiponce aceptar esa herencia de un suicida, sabiendo que va a serlo.

RECA. Ese es un rasgo que te honra, Manolo, y como no quiero herir tu delicadeza, se lo daré a los pobres. (*Va a guardarse el cheque en la cartera. ELO, DON MANUBL y DOÑA LUISA, al ver el ademán, se echan encima, aterrados, para impedirlo.*)

LUISA. ¡Espera! ¡No lo guardes! (*RECAREDO obedece.*) Nosotros aceptamos ese cheque con una condición.

RECA. ¿Cuál?

LUISA. Que nos prometas solemnemente no matarte sin

intentar ponerte en cura. Dame el cheque, y no pases cuidados, que nosotros sufragaremos todos los gastos hasta verte curado.

RECA. Yo no prometo eso; por tanto no hay nada de lo dicho. (*Mete el cheque en la cartera.*)

MANU. ¡Caray, no damos una!

LUISA. (*Deteniendo a su hermano y casi arrebatándole el documento.*) Conformes. Dame el cheque. (RECARDO se lo deja coger.) ¡Gracias a Dios! ¡Ya es mío!...

RECA. ¿Qué dices?

LUISA. Que ya es mío, y servirá para seguirte al fin del mundo y evitar que cometas un desatino.

RECA. No lo conseguirás, porque tengo tomadas todas mis precauciones.

LUISA. En ese caso, si tú te matas sin que nosotros lo podamos impedir, ten por seguro que tu memoria será llorada en esta casa muchos años. (*Solemne y llorosa.*)

RECA. Me conformo con los nueve días de rigor, si tenéis visitas.

MARIA. (*Con noble indignación.*) ¡Basta ya, tío Recaredo ¿Con qué derecho nos ofendes de ese modo? Si tú eres un estoico sin alma y sin sentimientos, nosotros no. ¡Yo no soy así! Aún hay en el mundo corazones capaces de un sentimiento noble, que no se envilecen con ansias de dinero... ¡Guárdate esas pesetas, que aquí no las queremos a costa de tu vida!

ENGR. ¡Muy bien dicho!

LUISA. Pero, María Luisa..., ¡que es tu tío!

RECA. (*Yendo a ella, impresionado por un afecto inexplicable.*) ¡Pequeña!... ¿Qué estás diciendo?

MARIA. Perdóname este pronto, pero no me he podido contener... (*En transición a su alegría. Pausa, RECARDO la mira con fijeza.*)

- RECA. En toda mi vida me han dicho nada semejante ni que me llegara tan hondo.
- ENGR. Porque nunca has sentido junto a ti el cariño de un alma como esa... Porque nunca has querido más que a tus vaqueros de las praderas... ¡Pobre Recaredo! ¡Sientes el corazón vacío y te lo quieres llenar con una bala!
- RECA. ¡Lo tengo muy enfermo! (*Se sienta, abatido.*)
- ENGR. ¡No te hagas ilusiones! ¡Qué saben de esas cosas los médicos de Nueva York y del Canadá!
- MARIA. (*Arrodillándose a sus pies y estrechándole las manos cariñosamente y siempre alegre.*) Vamos a ver, cardíaco, ¿por qué, en vez de irte a esos montes a... asustar a los osos, como dice la tía Engracia, no te quedas aquí con nosotros una temporadita?
- RECA. ¿Yo aquí, con la familia, a la sombra del árbol genealógico? ¡Imposible! (*Se levanta.*) Me crispa los nervios ver a mi cuñado sin hacer nada nuevo por aumentar las glorias de sus antepasados, y a mi hermana pasando la vida en alabanzas de las hazañas de los Santiponce. No quiero linajes de holgazanes. Por eso me escapé de casa. No quiero soportar otra vez las miradas de Don Tristán ni de Don Iñigo. (*Vuelve los retratos cara a la pared.*)
- MARIA. ¡Qué locura! Si ese mal se te cura con cariño, con afecto de esposa, con amor de hijos...
- RECA. No creo en esas cosas. Además, para padre de familia, ya voy estando viejo...
- MARIA. ¿No quieres convencerte?
- RECA. No, no quiero. (*Levantándose brusco.*) Y basta de estas cosas, que hoy no quiero ponerme triste. Estoy muerto de hambre.
- ENGR. Pues ahora almorzaremos; dinos qué te apetece.
- RECA. Lo primero, lavarme; mientras, os vais vistiendo,

y, en seguida, a la calle, a comer todos juntos en un café castizo y madrileño.

ELO. Mejor sería en casa... (*Timbre dentro. MARIA sale a abrir.*)

RECA. Nada de comidas caseras ni en familia. A comer a la calle, que hoy vengo yo dispuesto a quebrantar el régimen, aunque reviente. Hoy convi-do yo a todos los de esta casa, ¡¡porque me da la gana!!

ENGR. Como todos los días.

ALEJANDRO (*Entrando con MARIA LUISA.*) ¿Se puede?

MANU. Sí, adelante.

ALE. Buenos días, señores. ¿Cómo está usted, Doña Luisa? Perdónenme si soy inoportuno, pero María Luisa se ha empeñado...

MARIA. Le he dicho que pasara a conocer a mi tío.

RECA. ¿Es tu novio? (*Ellos asienten.*) ¿El joyero?

ALE. Para servir a usted.

RECA. ¿Tiene usted joyería?

MARIA. Todavía trabaja por cuenta ajena; pero el año que viene se establece y, en cuanto se establezca, nos casamos.

RECA. (*A ALEJANDRO.*) ¡Déjeme que le abrace; no sabe usted el gusto con que veo entrar un trabajador en la familia!... (*Se abrazan.*)

LUISA. Pues, si almorzamos fuera, nos iremos vistiendo.

MANU. Sí; vámonos, que es tarde.

ALE. No quiero molestarles. Me retiro.

MANU. ¡Vaya usted enhorabuena!

RECA. Usted no nos molesta, ni se marcha; usted se viene a almorzar con nosotros, ¡¡porque me da la gana!...

ALE. Gracias, Don Recaredo, pero no me es posible: hoy tengo un día de mucho trabajo en el taller: gracias que he podido hacer una escapada, por no dejar de felicitar a María Luisa su cumpleaños.

- RECA. Pero, ¿es tu cumpleaños? ¿Y cuántos cumpleaños?
- MARIA. *(Orgullosa.)* ¡Veinte!... Mira qué regalo me ha hecho Alejandro Luis. *(Le enseña la sortija que lleva puesta.)*
- RECA. Caramba, ¡qué bonita!
- MARIA. Hecha por esas manos.
- ALE. Pues si a usted no le ofende, yo también quiero hacerle un regalito. Allá va otra sortija. *(Quitándose un magnífico solitario que lleva puesto y colocándoselo a MARIA LUISA.)*
- MARIA. ¡Oh, qué preciosidad! Mirad qué cosa... *(Todos la rodean, mirando la alhaja admirados.)*
- ALE. ¡Pero si esto es espléndido! ¿Usted sabe lo que la regala?
- RECA. *(Emocionado.)* ¡Pues no he de saberlo! Un brillante magnífico, claro como aquel sol de las praderas, blanco como las gotas del sudor de mi frente que regaban los surcos y transparente como las lágrimas que me costó adquirirlo, ¡Sé lo que te regalo: lo que te mereces! *(En un movimiento brusco de los suyos, se separa del grupo y va a sentarse sólo, emocionado y enjugándose unas lágrimas. Los demás siguen formando un grupo, que admira el regalo y lo comenta.)*
- LUISA. ¡Espléndido!
- ELO. ¡Hermosísimo!
- ENGR. ¡Una alhaja!
- MANU. La montura es platino...
- LUISA. Esto es un dineral... *(Todos estos bocadillos muy seguidos.)*
- MARIA. *(Al darse cuenta de la emoción de RECAREDO, corre hacia él, se arrodilla a sus pies y le coge las manos cariñosa. ENGRACIA, impresionada, se interesa también y le pone las manos sobre los hombros. Los de-*

más quedan contemplando la sortija.) Pero, ¿qué es eso, tío?

ENGR.

¡Vamos! ¿Qué te sucede?

RECA.

(A MARIA con un hondo pesar.) ¡Úsala muchos años en recuerdo del tío Recaredo!

TELON.

ACTO SEGUNDO

Terraza que da al mar en un hotel de primer orden en San Sebastián, mesas y sillas convenientemente distribuidas. En una mesa, PABLO NORIEGA, VALLADARES y el SEÑÓ RAFAEL, con sombrero cordobés y traje corto; cerca de ellos LILI, NOEMI y JULITO, mirando al mar con prismáticos; en otra mesa de primer término, DON MANUEL y DON GENEROSO tomando algo; cerca de ellos DOÑA LUISA con un gran montón de diarios extranjeros en los que busca noticias ávidamente. Es una mañana de agosto.

LILI. El que va delante es el «Giraldilla II».

NOEMI. Y el que le sigue el «Fly».

LILI. Sí, por lo escorado que va se le conoce; es un balandro que no tiene estabilidad.

JULITO. *(Que habla gangoso.)* No digas, mugeg, si es un balandgo bgntual. Lo que hay es que Gafaelito Aggüelles no sabe llevaglo.

NOEMI. Tiene razón este; balandro que tripula Rafaelito, balandro que llega el último a la meta.

JULI. O balandgo que no llega, como ocuggio en las gegatas del sábado, que salió en «Cagmencita» y «Cagmencita» se quedó sin viento pegado junto a la isla de Santa Claga y en plan boya.

NOE. *(A VALLADARES.)* ¿Y tú no regateas este año en San Sebastián?

LILI. ¿Que si no regatea? ¡Más que nunca! Pregúntaselo a mi modista que hace diez viajes con cada factura.

VALL. Pues no regateo, aunque esta joven humorista crea lo contrario. No estoy por el sport náutico.

JULI. Igual me pasa a mi.

RAF. Naturá. Aquí Don Julito, está por el furbó.

- VALL. Naturalmente.
- JULI. El spog de la emoción, el que integesa al público, el que va a matag los togos maestgo.
- RAF. ¿Ha estao osté en er gorpe, zeñó Marqué?
- PAB. Déjalos, Rafael, que no saben lo que dicen.
- RAF. Que er furbó va a matá la afisión a los toros... sa mesté reirse... Er furbó no pue con las corriás. ¿Sabe usté quion va a matá a los toros?
- JULI. ¿Quién?
- RAF. Los mataores.
- JULI. ¡Natugalmente!
- RAF. Zi zeñó, los mataores que zon mu malícimos... ¿No verdá, Don Pablo?
- PAB. Conforme.
- RAF. Cuando atoreaba yo, entraba por tó, como la romana en er diablo, mientras que ahora, los de má tronío escojen er ganao y no atorean más que monas. Que hubiá mataores y ya veríamos si er furbó podía con las corriás... ¿No verdá? Don Pablo
- PAB. Ya lo dijo Ricardo de la Vega:
- «Es una viera española
que viene de prole en prole
y ni el gobierno la abole
ni habrá nadie que la abola».
- RAF. ¡Olé! ¡Eso es hablá!
- JULI. Eso no es decig nada. Dónde va usted a compagag una fiesta con otra?
- RAF. En tos los terrenos, zeñó ¿Ande vasté a poné la elegansia de un torero con su traje e luse ar lao de un gachó en carsonsillo blanco?
- PAB. Tiene razón Rafael.
- RAF. Ni la estampaña de un mataó ar perfilarse, con la de un gachó que se lía a coses con una pelota? ¿En too hay arte, zeñó y en furbó no hay más que patás.
- JULI. No estoy confogme, no estoy confogme.
- RAF. ¿No? Ande vasté a encontrar en er furbó la emo-

sión de un pase de pecho apretao y ceño, pongo por caso, en que er toro se lleva los alamares en los pitones...

JULI. No estoy confogme, no estoy confogme...

VALL. ¡Ahí, diez duros por mi gallo!...

RAF. Naturá, señó... Ná, que a mi que er jueguesito ese me dá cien patás... Cuando atoreaba yo... (*Siguen discutiendo.*)

MANU. ¿Un cabañas? (DON MANUEL *saca la petaca y ofrece un puro a DON GENEROSO.*)

GENE. Gracias, no fumo. (DON MANUEL *enciende su puro y deja olvidada la petaca encima de la mesa.*)

MANU. Pues me deja usted helado, Don Generoso, porque yo tampoco me acordaba de ese pagaré. Creí que con lo que le he pagado habíamos saldado nuestras cuentas.

GENE. Realmente, soy yo el culpable de ese olvido; pero es que en marzo cuando saldamos nuestras antiguas cuentas, no me acordé de ese piquillo.

MANU. Bien, bien. ¡Qué le hemos de hacer!, lo que yo quiero es dejar liquidadas del todo mis cuentas pasadas. ¿Y dice usted que son?...

GENE. Nada, una pequeñez. Quince mil doscientas pesetas.

MANU. ¿Con réditos y todo?

GENE. Naturalmente.

MANU. Pues nada, a pagarlas. Luego le bajaré a usted un cheque. ¡Menudo pellizco me ha dado usted en poco tiempo: más de setenta mil pesetas!

GENE. Números cantan, Don Manuel; recuerde usted que cuantas veces me hizo el honor de venir a buscarme en aquellos tiempos ominosos, me encontró propicio y casi sin más garantía que su palabra, porque la herencia de su cuñado Recaredo no era cosa muy clara que digamos por aquel entonces.

MANU. Pues ya ha visto usted como lo ha sido.

GENE. Por una verdadera casualidad y porque Dios protege a los necesitados. (*Levantándose.*)

- MANU. Y a los prestamistas. Pues nada, amigo Cuesta, esta tarde en el Kursaal tendrá usted el cheque.
- GENE. No corría tanta prisa, pero muchas gracias.
- MANU. Hasta la tarde.
- GENE. *(Al grupo de PABLO.)* Senores, buenos días.
- VALL. Hola, Don Generoso.
- GENE. ¿Que hay, maestro? ¿Ha visto usted el ganado de esta tarde?
- RAF. Zi zeñó; ceis monas... *(Siguen hablando.)*
- LUISA. *(Dejando el ultimo periódico hecho un rebujo sobre los demás.)* Nada, hijo, como ayer, como antes de ayer, como todos los días. Hoy me he leído todos los titulares del «Journal» de «L'Intransigeant» de «Le Temps», de ¡qué se yo! ya ni una noticia, ni un indicio.
- MANU. Tu hermano se ha matado; ya no puedes dudarlo.
- LUISA. Ni tú, afirmarlo tan categóricamente.
- MANU. Yo creo que no haríamos nada de más con ponernos de luto.
- LUISA. Yo esperaba a noviembre a ver si damos siquiera nuestro primer té en el salón amarillo y si para entonces no se ha sabido nada... *(Se van hablando DOÑA LUISA y DON MANUEL por segunda derecha.)*
- LILI. *(Dejando su atalaya.)* Oye, Valladares... ¡Ay! Ustedes perdonen...
- VALL. De nada, mujer; el señor es amigo. Te lo presentaré: Don Generoso Cuesta Caro...
- LILI. ¡Una ganga!
- GENE. Mucho gusto.
- VALL. Y la encantadora Lili, de apellido desconocido, pero ilustre... *(Por DON GENEROSO.)* Hazte amigo suyo que puede ayudarte si se niegan los negros.
- LILI. ¿Ah, sí?
- GENE. Según, según...
- RAF. Tome osté argo, si es gustoso.
- GENE. No, muchas gracias. *(Entra ELO por la primera de-*

recha; PABLO al verla va a ella. Va elegantísima.)

ELO. Hola Pablo; buenos días.

PAB. Buenos días, Elo.

ELO. ¿Has visto a papá?

PAB. Ahora mismo ha salido de aquí con tu madre. Estarán en la terraza.

ELO. Voy a ver si lo encuentro.

PAB. No tengas tanta prisa. Cualquiera diría que me huyes...

ELO. ¡No por Dios! Nada de eso....

LILI. *(Avisando a NOEMI.)* Mira Noemi, ya está Pablito Noriega con Elo Santiponce.

NOE. ¡Ay, sí! Hija, qué fuerte le ha entrado el venata.

LILI. Ya, ya. Y no es para tanto.

NOE. A ver si es esta la que le pesca.

LILI. No lo creo; ese se lleva la carnaza y no muerde el anzuelo. ¡Es muy largo!

NOE. «El largo de Hendel» como le dice Margot, que sabe música celestial; vamos, de iglesia. *(Rien las dos.)*

JULI. *(Que estaba mirando al mar.)* ¡Migag, chicas! Pog fin ha ganado el Gigaldilla.

LILI. ¡Calla, pues es verdad!

NOE. ¡A ver, a ver...!

LILI. ¡Julito, hemos ganado!

JULI. ¡Chica; qué ovación! Vamos a felicitaglos.

NOE. Y a ver si nos convidan.

RAF. Güeno, amos p'allá, pero yo me queo en el café.

VALL. Pablo, allí te esperamos, en el Club. Hasta luego, Elo.

PAB. Sí, hasta luego, *(Se van NOEMI, LILI, JULITO, SEÑÓ RAFAEL, DON GENEROSO y VALLADARES, por segunda derecha.)*

ELO. *(Que ha encendido un egipcio.)* No es eso.

PAB. Sí que es eso. Es que te niegas.

ELO. No es que me niegue, Pablo; ¿qué mayor gusto

que volar contigo, que alejarme, siquiera unos momentos de la monotonía de esta vida absurda y aburrida, siempre cosida a las faldas de mi madre. Ya conoces su criterio arcaico y puntilloso en cuestiones del «qué dirán».

PAB. ¿Y qué va a decir nadie porque tú y yo salgamos a dar un paseo en automóvil? Un sencillo paseo; almorzar en Biarritz y estar aquí de vuelta anochecho... Aquí no choca nada, ni nadie se ocupa de lo que hace nadie. Eso son ranciedades de tus padres. Dí más bien que eres tú la que se niega a concederme ese capricho, no sé si por indiferencia o por recelo.

ELO. (*Con pasión.*) No, eso no, bien lo sabes. Para tí no soy indiferente ni recelosa. Con toda mi alma iría contigo donde tú quisieras llevarme, segura de tu amor y de tu respeto. Sabes de sobra cómo te quiero; y cómo aquel deseo egoísta y bajo de bienestar material que me llevó hacia tí, en otro tiempo, hoy es ¡pasión de fiera!, es sumisión de esclava, es ¡el ansia loca de de tu cariño que me es imprescindible para vivir!..

PAB. ¡Elo!...

ELO. La chiquilla egoísta y altanera, hoy quiere ser tu esclava, tu esposa, para ser toda tuya, íntegramente tuya en cuerpo y alma.

PAB. Serás mi esposa, Elo. Siglos me son los días que pasan sin que seas mía, íntegramente mía como tú dices.

ELO. ¡Pablo!...

PAB. Serás mi esposa; y en cuanto que lo seas, volaremos juntos, viajaremos por Europa y gozarás la vida que apeteces, y viviremos dichosos en donde tú prefieras: donde yo te alee un trono como reina y señora.

ELO. Siglos me son los días a mi también.

PAB. Pues mientras pasan, ¿a qué desperdiciarlos? Rompe ya las cadenas que te atan a los prejuicios rancios de los tuyos, sacude ese absurdo yugo, y a divertirtos; a gozar juntos los encantos de estas hermosas playas y de este cielo azul.

ELO. Tendré que declararme en rebeldía.

PAB. Déjame hacer a mí. ¿Cuento contigo?

ELO. Siempre.

PAB. Entonces yo me encargo, inventaré algún truco, ya verás...

ELO. Ahora, calla, que vienen. (*Entran por la segunda derecha* DOÑA LUISA, ENGRACIA, MARIA LUISA y DON MANUEL.)

MANU. ¡Caramba, Pablito! ¿Usted por aquí tan de mañana?

PAB. Para ver las regatas.

ENGR. ¿Y qué? ¿Quién ha ganado?

PAB. Creo que el Giraldilla II. Eso ha dicho Julito.

ENGR. ¿Ese chico gagoso?

MARIA. ¡Tía!...

ENGR. ¡Si es de una estupidez infatigable! Si, mira niña, ahí están los balandros en la Concha... (*ENGRACIA y MARIA LUISA se ponen a ver el mar.*)

MANU. Esta tarde no perderá usted la corrida; nosotros tenemos un palco abonado.

PAB. Pues yo no pienso ir.

MANU. ¿Y eso?

PAB. Es un cartel que no promete nada y me han dicho que el ganado es endeblito. Además, tenemos el plan de pasar la tarde en Biarritz.

LUISA. Con gente de trueno, ¿eh? Porque usted...

PAB. Nada de eso, señora; con gente muy respetable y conocida de ustedes. Con Pepe Valladeres, su madre y su hermana; me ganaron una apuesta y como ese era el precio, tengo que pagarla.

LUISA. ¿Va usted con la marquesa?

PAB. Y con su hija, ya se lo he dicho a usted. Y yo ten-

dría a gran honor que permitieran ustedes venir a Elo con nosotros, si ella quiere.

MANU. Pero ¿y los toros?

ELO. A mí no me interesan.

MANU. Entonces... (*Asintiendo.*)

LUISA. No, no; de ningún modo.

MANU. Entonces... (*Denegando.*)

LUISA. Ya sabe usted que no nos gusta separarnos de nuestras hijas. De todos modos, muy agradecidos a su recuerdo.

PAB. ¡Cómo ha de ser! Me han dado calabazas; pero no soy rencoroso, y a cambio de la negativa, voy a tener el gusto de darles una buena noticia.

LUISA. ¡Ah, sí! ¿Qué es ello?

PAB. Que el asunto del título de usted, va por muy buen camino.

LUISA. ¿De veras? (*Levantándose.*)

PAB. Si, señora. Lo recomendé como ustedes saben, con todo interés al Ministro, y hoy me escribe que el título podría rehabilitarse.

LUISA. No podía usted darnos noticia más agradable...

PAB. De modo que muy pronto espero tener el honor de ponerme a los pies de la Excelentísima Señora Marquesa de las Torres de Santiponce.

LUISA. ¡Oh!

ENGR. (*A MARIA LUISA.*) ¡Atiza! ¡Mi cuñada Marquesa! ¡Y de las Torres de Santiponce!

PAB. Y de estrechar la mano de mi querido amigo el Marqués consorte.

ENGR. ¡Tu padre con corona! ¡El delirio!

MARIA. Con eso son felices...

ENGR. Es que tu padre con corona va a estar más ridículo que con el pijama azul marengo y el casco de radioescucha.

LUISA. Pues agradecidísima, amigo Noriega, y ojalá se confirmen las noticias.

- PAB. Yo así lo espero. Y hasta otro rato... señora Marquesa...
- LUISA. Todavía no.
- MANU. Yo voy a llegarme al garage a ver si está esa pieza. (*Mutis primera derecha.*)
- PAB. Adiós, Don Manuel. (*A ELO.*) Y siento verdaderamente verme privado esta tarde de tu compañía pero tus papás se niegan y yo no me atrevo a insistir... (*A DOÑA LUISA.*) ¿Es su última palabra?
- LUISA. Hombre, Noriega; no sabemos cómo agradecer a usted su buen deseo...
- PAB. Pues accediendo.
- LUISA. Sea como usted quiera.
- PAB. Gracias.
- LUISA. Abusa usted de su situación, porque sabe que después de esa noticia no podemos negarle nada.
- PAB. Entonces, decidido. Dentro de media hora me tienen ustedes con el auto en la puerta del hotel; baja Elo, recogemos a las de Valladares y seguimos a Biarritz. ¿Convenido?
- ELO. Convenido.
- LUISA. ¿No volverán muy tarde?.
- PAB. No señora. Antes de anoecer le devolvemos a su hija. Hasta luego. (*Se van ELO y DOÑA LUISA por la primera derecha.*)
- PAB. (*Despidiéndose de ENGRACIA y MARIA LUISA.*) Y si ustedes también quieren ser de la partida...
- MARIA. No, muchísimas gracias.
- PAB. (*A ENGRACIA.*) Nosotros ya nos veremos esta noche en el Kursaal...
- ENGR. Probablemente. Yo ya sabe usted donde vivo, en la calle del quince, pero en la mesa de cinco francos que como ahora están bajos, los alcanza cualquiera. Pero esta noche, me siento al lado de Riaño, ese gentilhombre tan cargado de espaldas;

a mi no me vuelve a traer la negra el tuerto ese que dicen que es checoeslovaco.

PAB. No haga usted caso de azares, y hasta luego.

ENGR. Usted lo pase bien. (*Al mutis por la primera derecha entra VALLADARES, que detiene a PABLO.*)

VALL. Chico vengo a buscarte para que me saques de un compromiso gordo.

PAB. (*Echando mano a la cartera.*) ¿Cuánto?

VALL. No, si no es dinero. Es que Margot me ha dado el mitin porque se empeña en que vayamos juntos a los toros. Cuando Margot se empeña, tú ya sabes; así es que dame tu barrera y para estar juntos yo te buscaré otra.

PAB. Pues tómala y no me busques nada porque yo no voy.

VALL. ¿Que tú no vas? ¿Y eso?

PAB. (*Confidencial.*) Porque me voy a pasar la tarde a Biarritz con Elo Santiponce.

VALL. Conseguiste por fin...

PAB. Es pan comido. Ven y te contaré... (*Mutis PABLO y VALLADARES por la derecha.*)

ENGR. Este Marquesito de Noriega es un vivo. A mí me ha enseñado una combinación de docenas que no falla.

MARIA. Pues ayer perdiste con ella cinco duros.

ENGR. Pero fué por la influencia del tuerto de Checoeslovaquia... Yo no sé si será verdad eso del título nobiliarario, porque ese Noriega es un tarambana que miente más que habla, pero como resulte cierto, cualquiera va aguantar a tu madre.

MARIA. ¡Qué vanidad tan grande!

ENGR. No te preocupes, niña, y déjala que con eso engorda.

MARIA. Sí me preocupo, tía Engracia. Si tú supieras que de algún tiempo acá no veo claras las intenciones de Pablo con mi hermana...

- ENGR. (*Alarmada.*) Pero, ¿es que sabes algo...?
- MARIA. No; si es cosa de aquí. (*Por el corazón.*) Y éste, a mí no me engaña.
- ENGR. Pero, ¿qué es lo que temes?
- MARIA. ¡Yo que sé! Que la deje plantada... que la deslumbre con su dinero y con su título... ¡no lo se a punto fijo!
- ENGR. Hija estás que alarmas.
- MARIA. ¡Ojalá me equivoque!
- BOTONES. (*Por la segunda derecha.*) Este telefonema para la señorita... (*Mutis por donde entró.*)
- MARIA. ¿Para mí? ¿De quién será?
- ENGR. Abrelo y lo sabremos... ¡Pero no lo abras con la mano izquierda, que va a salir una mala noticia!...
- MARIA. (*Azorada.*) ¡Es de Alejandro Luis!
- ENGR. Pues, ¿qué le ocurre?
- MARIA. Dice que viene a San Sebastián.
- ENGR. ¿Cuándo?
- MARIA. A las once, en el segundo express... (*Azorada.*)
- ENGR. ¿Pero de cuándo?
- MARIA. (*Leyendo, sin entender.*) «2612-S. Seb.-Mad.-12-15-14-30...» ¡Ay, no sé, tía Engracia! (*Nerviosísima.*)
- ENGR. Trae acá, niña, porque es que te atortolas... ¡Justo! En el de hoy, porque el telegrama está puesto ayer tarde. Pues ha tardado un rato... ¿Y a qué vendrá tu novio?
- MARIA. No lo sé; cómo no sea que se haya arreglado lo de la joyería...
- ENGR. Eso será.
- MARIA. ¿Y qué hacemos?
- ENGR. ¡Qué hemos de hacer! Esperarle, porque el segundo express ya debe haber llegado.
- MARIA. Sí, de seguro. Eso es que ha conseguido el traspaso de la tienda y viene a decírmelo y a pedirme... ¿No te parece, tía?

ENGR. Es muy posible; pero mira, niña, cálmate, porque es que me estás poniendo a mí nerviosa...

MARIA. ¡Vendrá a pedirme!

ENGR. Pues, como venga a eso, le veo y no le veo, porque le tira un trasto a la cabeza la Excelentísima Señora Marquesa de las Torres de Santiponce.

MARIA. ¿Crees que mis padres se nieguen?

ENGR. Ya ves que no deliran por el muchacho.

MARIA. ¡Ay, tía, de mi alma!

ENGR. Vamos, ten calma, niña, y ya veremos.

MARIA. Pues me ha puesto a mí buena el telegramita. ¡Estoy que brinco! (*Excitada y atolondrada.*) Yo creo que accederán, porque, como ahora tienen el dinero del tío Recaredo, y criados y cocinero, ya no les hago falta para nada. Al contrario, yo en casa desentono, como soy chulilla, y, en cambio, la Elo es tan elegante y tan niña bien... ¿No te parece? Ellos dirán que sí, y nos casaremos... (*Transición.*) Pero, ¿qué te sucede? ¿Por qué lloras?

ENGR. Si no lloro, niña; esto es nervioso. Es que te has disparado de una manera...

MARIA. No, no... Tú estás llorando.

ENGR. (*Queriendo fingir una sonrisa que es un puro puchero.*)

No, niña, no. ¿No ves cómo me río?

MARIA. ¿Por qué te has puesto triste?

ENGR. (*Abriendo su corazón entre sollozos*) ¿Por qué quieres que sea? Porque esto va de veras... Ahora te casarás... Te irás con tu marido a la tiendecita... y yo me quedaré como sin sombra... como si me arrancaran el alma...

MARIA. No, tía, no... (*Mimándola y dejándola de pronto al oír la bocina de un auto.*) Mira, ahí está el coche del hotel... ¡Ven, ven a ver si viene!... (*Se asoman a la terraza, mirando a la derecha.*)

ENGR. ¿Con qué pie habré salido hoy de mi cuarto?...

MARIA. Ya bajan los viajeros... ¡Mírale, mírale... ¡Eh! ¡Ale-

jandro Luis! ¡Alejandro Luis!... ¡Ya nos ha visto!
¡Vamos a recibirle!... (*Echa a correr a la primera derecha y sale. ENGRACIA se queda lloriqueando.*)

ENGR. Me quedaré sin alma... (*Entra ALEJANDRO, primera derecha, con MARIA LUISA.*

ALE. ¡Chiquilla!... ¡Qué buena estás!

MARIA. ¡Dos meses sin vernos!

ALE. ¡Dos siglos!... Pero ahora vengo a buscarte para no separarnos nunca.

ENGR. (¡Lo que yo me tenía!)

MARIA. ¿Has conseguido todo lo que querías?

ALE. Todo. Ya tengo mi tienda... Ya puedo vivir solo...
¡Solo con mi María Luisa!...

MARIA. ¡Ay qué alegría tengo, Alejandro Luis!

ALE. ¡Pues si vieras!... ¡Caray, tía Engracia, usted perdóne, no había reparado.

ENGR. No te preocupes, hombre, y dame un abrazo.

ALE. ¡Con el alma y la vida! ¡También usted está buena!

ENGR. Los baños de algas.

ALE. ¡Vaya con tía Engracia!

ENGR. ¿Con que ya establecido?

ALE. Casi, casi... (*A MARIA LUISA.*) Y ya verás qué tienda la que voy a poner. Y qué pisito tiene, que lo estoy arreglando para nuestro nido. Allí, los dos solitos, vamos a ser felices.

MARIA. ¿Vas a estar aquí mucho?

ALE. Pocos días. ¿Sabes tú lo que yo tengo que hacer en Madrid? Quiero arreglarlo todo para que muy prontito estemos juntos para siempre. Bueno, ¿y tus padres? ¿Y tu hermana?

MARIA. Buenos; ahora vendrán.

ALE. (*Serio.*) ¿Y del tío Recaredo, habéis tenido noticias?

MARIA. Ninguna.

ALE. Pues yo sí.

MARIA. ¿Tú?

- ENGR. ¿Usted?...
- ALE. (*Serio.*) Agárrense ustedes a cualquier parte, porque se van a caer.
- ENGR. ¡Se ha matado! (*Con terror cómico.*)
- ALE. ¡Qué se ha de matar! Hace tres días se me presentó en la tienda. (*Con risa de satisfacción.*)
- MARIA. ¡Qué dices!
- ENGR. ¿En Madrid?
- ALE. En Madrid. Ha llegado de Suiza, sano, bueno y colorado; porque ahora resulta que no está enfermo del corazón, y con eso se le han pasado aquellas ideas tristes del suicidio.
- ENGR. ¿Y qué hace allí, en Madrid?
- ALE. En Madrid, nada; porque está aquí en San Sebastián.
- ENGR. {
- MARIA. { ¿Aquí?
- ALE. Hemos venido juntos. Cuando yo le dije que me venía aquí a darte la noticia de la joyería, me dió un abrazo y dijo: «Pues yo me voy contigo.» Y aquí está.
- ENGR. ¿Y vive en este hotel?
- ALE. No, no ha querido. Ya saben ustedes cómo es. Cuando le dije que ustedes paraban aquí, me contestó: «Pues yo me marchó a otra parte; parientes y trastos viejos, pocos y lejos...» Ya saben ustedes cómo es. ¡Y cómo se reía cuando le conté los pasos que habíamos dado nosotros tres para que lo trincase la policía y no pudiera suicidarse!... Ya les contaré a ustedes. Ahora voy a pedir que me den un cuarto y a lavarme, porque estoy hecho un sucio.
- MARIA. Sí, pero acaba pronto. Y mientras tanto iremos a prevenir a mis padres. ¡Lo que les va a sorprender la noticia!
- ENGR. (*Con intención.*) Se van a tirar al suelo de alegría.
- ALE. ¿En donde está el despacho del hotel?

- ENGR. Por aquí; nosotros te llevaremos...
- MARIA. ¿Has traído equipaje?
- ALE. Un saco y una maleta de mano.
- MARIA. Por aquí. *(Coge del brazo a su novio y hacen paso a ENGRACIA, jaleándola alegres.)*
- ALE. Pase usted, tía Engracia. ¡Olé lo bueno! *(Se van los tres por la segunda izquierda. Sale un BOTONES por la primera izquierda.)*
- BOTONES. ¡Ciento noventa y siete! ¡Señores de Cabañas! Bueno han dejado esto de papeles. *(Por los diarios que tiró DOÑA LUISA. Asomándose a la terraza y voceando.)* Ciento noventa y siete... ¡Señores de Cabañas!... *(Al hacer la pasada repara en la petaca que se dejó DON MANUEL; la abre, saca dos puros y mira los anillos.)* ¡Señores!... ¡De Cabañas!... *(Comentanlo asombrado. Se guarda los dos cigarros, vuelve a dejar la petaca y se va voceando de nuevo por la primera derecha.)* ¡Señores de Cabañas!... *(ELO y PABLO, por la primera derecha.)*
- ELO. Mira, está en la terraza. ¡Mamá! ¡Mamá!
- PAB. Espera, no la llames.
- ELO. Es que es la hora del baño.
- PAB. Ahora iremos. Escucha. Ya has oído a tu madre: no tiene inconveniente en que nos vayamos juntos a almorzar a Biarritz.
- ELO. Juntos, sí, pero no solos. Tú le has dicho a mamá que íbamos con la madre y la hermana de Pepe Valladares.
- PAB. Almorzaremos juntos. Ellas van por su lado.
- ELO. Bueno, ¿y por qué ese empeño de que vayamos solos? ¿Por qué no hemos de ir con ellas?
- PAB. Porque tengo unas ansias locas de estar contigo a solas, contigo a la orilla del mar, y enlazar nuestras manos mientras contemplamos el panorama, sin testigos molestos que me impidan decirte cuánto te quiero.

- ELO. ¿Y no crees tú que yo también estoy ansiosa de ese momento? (*Con vehemencia.*)
- PAB. ¿Pues entonces?
- ELO. Es que no debe ser. (*Reaccionando.*)
- PAB. Es que recelas.
- ELO. No recelo de ti, ya te lo he dicho; recelo de las comidillas y de las malas lenguas.
- PAB. Eso qué nos importa.
- ELO. Sí nos importa, Pablo.
- PAB. Di claramente que recelas, que recelas de mí, que me crees un mal hombre capaz de cometer cualquier villanía con una mujer.
- ELO. No, Pablo, si no es eso...
- PAB. Sí, eso es; pero ¿a qué incomodarnos? Sea lo que tú quieras, desistiré de la ilusión de ese momento, pero déjame lamentarlo, déjame dudar de ese cariño tuyo, tan jurado, que retrocede ante un sencillo «¿qué dirán?» (*Sale MARIA LUISA por segunda izquierda; al ver a los novios, se detiene, observa y sin ser vista, se coloca donde pueda escuchar la conversación.*)
- ELO. No, Pablo, considera...
- PAB. No iremos; me resigno; desisto de ese capricho inocente que me ilusionaba y que tú no me puedes conceder. Me marcharé yo solo... buscaré un par de amigas...
- ELO. (*Rápida, enamorada.*) No, Pablo, me arrepiento... Ya no dudo de ti. Iremos esta tarde.
- PAB. No, déjalo, otro día. ¿Por qué has de violentarte?
- ELO. Iremos, si tú quieres.
- PAB. (*Ya afectuoso.*) Gracias, Elo. Entonces, ¿cojo el coche y vengo aquí a buscarte?
- ELO. Sí.
- MARIA. (*Interponiéndose de improviso y encarándose con PABLO.*) No venga usted a buscarla. (*ELO se retira a un lado, avergonzada.*)

- PAB. ¿Cómo?
- MARIA. Que se marcha usted solo y que nos deje, Señor Noriega.
- PAB. Será lo más sensato. Ya hablaremos con calma; está usted excitada...
- MARIA. Váyase, se lo ruego. (*Con digna energía.*)
- PAB. Hasta más tarde, Elo. (*Al mutis.*)
- MARIA. Mejor será hasta nunca. (*Mutis PABLO primera derecha. Cariñosamente, a ELO.*) Pero, ¿qué ibas a hacer?
- ELO. ¡Sí, ahora lo veo! (*Reclinando su frente en el hombro de su hermana, rompe a llorar.*) ¡Gracias, María Luisa!
- MARIA. ¡Ea! No llores más. Ya pasó esa locura.
- ELO. Sí, ya pasó todo.
- MARIA. (*Mirándola sugestiva.*) ¿Eso es de veras, Elo?
- ELO. ¡Todo!
- MARIA. ¡Júralo!
- ELO. ¡Te lo juro!
- MARIA. (*Llevándola abrazada hacia la segunda izquierda.*) Anda, sube a tu cuarto y arréglate esa cara. Que nadie pueda sospechar lo que ha pasado. (*Mutis las dos por la segunda izquierda. A poco, DOÑA LUISA y DON MANUEL, por donde se fueron.*)
- MANU. Aquí tampoco están.
- LUISA. Mira ahí, en la terraza, a ver si han salido. (*Se sienta de espaldas a la terraza.*)
- MANU. Pues aquí no las veo. (*Volviendo al proscenio y sentándose también de espaldas a la terraza, junto a su mujer.*) Ya vendrán a buscarnos. ¡Ay! Aquí está mi petaca. Creí que la había perdido en la calle. (*Saca y enciende un puro, guardándose la petaca. A poco entra por la segunda izquierda, RECARDO y BOTONES.*)
- RECA. Mira a ver si están en su cuarto los Señores de Santiponce. Y, si están, que les digan que aquí espero.

- BOT. Tome asiento el señor.
- RECA. Prefiero pasearme. (*Mira a la terraza, luego al mar, etc. El BOTONES se va por segunda derecha.*)
- LUISA. Vamos a ver, Manuel. ¿Tú crees en augurios?
- MANU. Eso se queda para mi hermana.
- LUISA. Pues a mí me está contagiando Engracia, y esta mañana me he levantado agorera.
- MANU. Eso son tonterías.
- LUISA. No te digo que no; pero se me ha metido en la cabeza que hoy es para nosotros un día crítico. Un día de esos que fijan una nueva era en la vida de una familia.
- MANU. ¡Quién sabe! Puede ser.
- LUISA. Las asiduidades de Pablito Noriega para con Elo; la noticia de la rehabilitación de nuestro título, parece que todo contribuya a un buen augurio... ¡Mira que yo Marquesa!...
- MANU. Sí, puede que lo seas; pero el gustazo nos va a costar un pico...
- LUISA. ¡Bah! La herencia de Recaredo da para todo. Anoche soñé con él. Ese es otro augurio. Le veía como te estoy viendo a tí; no se dónde, pero le veía. Inquieto, como siempre; alto, flacucho, haciendo batutas de papel (*RECAREDO, siempre mirando afuera, va haciendo lo que dice DOÑA LUISA.*), tirándolas al suelo, sacándose el pañuelo del bolsillo, peinándose la cabeza con los dedos, haciendo sus movimientos característicos.
- MANU. Eso ha sido la langosta a la mayonesa, que estaba pesada.
- LUISA. Es posible; pero pasé un mal rato.
- MANU. (*Levantándose.*) ¡Bah! ¡Quién hace caso de sueños! (*Reparando en RECAREDO, restregándose los ojos y tragando saliva, con muda expresión de espanto, que se deja al talento del actor. RECAREDO mira al mar con gemelos que ha cogido de sobre una mesita.*)

LUISA. Naturalmente... Pero, ¿a tí qué te pasa? ¡Estás de cera!

MANU. ¡Que yo también le he visto!

LUISA. ¿Tú también?

MANU. No sé si es sugestión o realidad... o es el inglés ese que se le parece tanto, pero me ha parecido que es aquél...

LUISA. ¿Quién?

MANU. Aquél que mira al mar con los gemelos. (RECAREDO *está inmóvil*..)

LUISA. Es el inglés. (RECAREDO *se peina la cabeza*.) Pero se peina... como Recaredo.

MANU. ¡Es él!

LUISA. ¡Es él!

RECA. (*Volviéndose del todo y bajando al proscenio*.) ¡Caray con el Botones!...

LUISA. }
MANU. } ¡Recaredo!

RECA. (*Con la mayor naturalidad*.) ¡Luisa, Manolito!..
¿Pero estabais ahí?

MANU. Estábamos...

LUISA. Estábamos como quien ve visiones.

RECA. Chica, muchas gracias.

LUISA. Sin dar crédito a lo que veían nuestros ojos.

MANU. ¡Hombre, comprenderás que la sorpresa!..

RECA. Me hago cargo; vosotros pensaríais: ese ya está comido por los cuervos... Pues aquí me tenéis otra vez, más sano y más fuerte que nunca.

LUISA. Y nosotros nos alegramos con toda el alma.

RECA. Me lo he figurado en cuanto os he visto las caras que poníais al conocerme... ¿Y María, Luisa y Engracia y Elo?

MANUE. Buenas; ahora vendrán.

LUISA. Las estábamos esperando aquí cuando has resucitado. Es decir, cuando has aparecido.

MANUE. ¡Caray con Recaredo! ¿Quién iba a pensar? (*En*

tran MARÍA LUISA y ENGRACIA, por la segunda izquierda.)

LUISA. Mira, aquí las tienes. Mirad quién ha llegado.

ENGR. ¡Recaredo!...

MARIA. ¡Tío Recaredo!

RECA. ¡Engracia!... ¡Muchacha!... ¿Y tu hermana?

MARIA. Tan buena; ahora bajará. *(Se abrazan los tres efusivamente.)*

MANUE. *(A su mujer.)* ¿Y ahora, qué va a pasar?

LUISA. *(A su marido.)* No lo sé, porque estoy que no rijo. No hay más que esperar los acontecimientos y ponerse en guardia. Todo menos soltar un céntimo. ¡Manuel, tú no te ablandes!

ENGR. ¡Pero, hombre, qué alegría me da volver a verte! Eras mi pesadilla.

RECA. Ya me lo ha dicho Alejandro Luis.

MARIA. Te he escrito varias cartas.

ENGR. Y yo te he rezado varios Padrenuestros, y que el Señor me perdone la coladura.

RECA. Mujer, ya se habrá hecho cargo.

MARIA. Lo principal es que te tenemos aquí, bueno y sano.

ENGR. Y ya para siempre, ¿no? Porque me figuro que ya se te habrá pasado el venate.

RECA. Naturalmente.

ENGR. ¿Y cómo ha sido? Cuenta, hombre, cuenta. *(Le ofrece una silla; él se sienta, y los demás le rodean con interés.)*

RECA. Pues veréis. Yo salí de Madrid decidido a pegarme un tiro.

ENGR. Sí, el tiro entre los osos y las águilas imperiales...

RECA. Llegué a París y, al tomar el tren para irme a Suiza, se mete en mi departamento un antiguo amigo del Canadá, que es comerciante en pieles. Le cuento mi situación y mis propósitos y, cuando yo esperaba la cara lánguida que era de rigor, le entra una risa que tuve que agarrarme al timbre de alarma...

«Tú eres ridículo como un rascacielos; ni tú estás enfermo del corazón, ni tú te mueres, ni tú te matas hasta que yo te lo consienta.» Y me lo decía con una cara de risa que yo ya empezaba a ponerme serio. «Tú te vienes conmigo a Zurich, a que te reconozca el doctor Meyer, que es un hombre que te extirpa el corazón y te pone otro nuevo sin que te apercibas, y si el doctor Meyer te desahucia, yo que soy tu amigo, te regalo una browing que tengo y que no sé cómo se carga.»

MARIA. ¿Y fuiste a ver a Meyer?

RECA. *(Dando un puñetazo en la silla y cambiando de sitio.)*
Y me demostró, con unos aparatos ingeniosísimos, que tengo un corazón como para ponerlo en un escarate.

ENGR. Ya te lo decíamos nosotras.

RECA. Y yo me acordé de lo que me dijisteis aquel día de tu cumpleaños, y entre eso, y sentirme bueno y dispuesto a vivir, me entró una fortaleza y un apego a la vida que no volví a pensar en el suicidio.

ENGR. Y entonces, ¿qué has hecho por ahí tanto tiempo?

RECA. Pues gozar de la vida, ver tierras desconocidas y estar contentísimo de verme bueno y sano; no tenía más sentimientos que por vosotros. *(A sus hermanos.)*

LUISA. Por nosotros, ¿por qué?

RBCA. Porque yo debía haberme matado, para quedar bien y no daros el disgusto de presentarme a pedirlos que me devolviérais la herencia.

LUISA. *(Con risa de conejo.)* Chico, lo que me alegra verte tan humorista y tan contento. Eso prueba salud ¡Dame un abrazo! *(Entra ALEJANDRO LUIS, segunda izquierda, y se queda al foro. prudentemente.)*

RECA. ¡Y todos los que quieras! Pero no tengo un cuarto, eso os consta, y necesito seguir mi vida y em-

prender mis negocios. ¡Mi petición no tiene nada de humorismo, caray!

MANUE. ¿Pero de veras hablas en serio? (MARIA y ENGRACIA van a reunirse con ALEJANDRO LUIS.)

RBCA. Completamente en serio. Yo os dejé mi dinero porque iba a matarme; como estoy vivo, no hay herencia.

LUISA. Pues, ya que te formalizas, Recaredo, debes recordar que aquellos cien mil dólares no eran una herencia ni un depósito, sino una donación que no tienes derecho a reclamarnos.

RECA. Derecho, no; pero necesidad, sí. Si no me hiciera falta no lo pediría.

LUISA. Pues nos es imposible complacerte.

MANU. Comprenderás que hemos pagado atrasos, hemos hecho gastos de consideración...

RECA. Y no conserváis íntegros mis cien mil dólares.

LUISA. Perdona; tuyos, no.

RBCA. ¡Bien, pues los cien mil dólares del diablo! ¿Pero os quedará algo?

MANU. Naturalmente.

RECA. Pues, entonces, vengamos a una transacción. Os quedáis una parte y a mí me dais el resto.

LUISA. Imposible también; porque hazte cargo de que ese dinero no lo tenemos metido en un calcetín: se ha colocado en minas, en asuntos industriales... y liquidarlo ahora sería una pérdida considerable...

RECA. Entonces, ¿no hay remedio? ¿No queréis darme nada?

MANU. Real y verdaderamente, no podemos.

LUISA. Aun sintiéndolo mucho.

RECA. Me hago cargo... Bueno; pues, qué remedio. Viviré a costa vuestra. Me instalaré en tu casa hasta que encuentre el medio de desenvolverme.

LUISA. En mi casa no hay sitio...

RECA. ¿Con una casa espléndida que habéis puesto en la calle de Velázquez?

LUISA. En la que no cabemos los que estamos.

RECA. Vamos, sí, comprendido. Es que allí desentono; como ahora dais los lunes el té... y recibís los sábados... El bestia de Recaredo, acostumbrado a vivir entre cow-boys, no puede alternar con elegantes y gentes «bien».

LUISA. No es eso, hombre no es eso. Es que nos falta sitio. Lo mejor sería ir buscando otra casa en que quepamos todos, y, mientras tanto, te alojaras en alguna pensión... decorosa; por nuestra cuenta, naturalmente.

RECA. ¿Y vosotros sois mis hermanos? ¿Y pretendéis ser nobles? ¡No sois más que gentuza! (*A voces, descompuesto.*)

LUISA. ¡Recaredo!

RECA. ¡Gentuza! Hidalgos de gotera y pobres de espíritu.

MANU. Pero atiende a razones...

RECA. No quiero atender nada, ni escuchar nada. Ya, con lo dicho, basta. No quiero de vosotros ni pensiones decorosas ni limosnas de avaro. ¡Guardaos «mi» dinero, o «vuestro» dinero, como queráis, que no lo necesito, ni soy como vosotros, pródigos y holgazanes; yo tengo aquí dos brazos para trabajar, aquí un cerebro para discurrir y aquí resolución suficiente para salir a flote, en vez de hundirme con vosotros...

MANU. Haz el favor de reportarte...

ENGR. (*Que ya varias veces ha querido intervenir, y en cada arranque la ha sujetado MARIA LUISA.*) ¡Déjame, niña, que le diga a esos bárbaros lo que se merecen!

MARIA. No, tía Engracia, es peor...

LUISA. ¡Nos van a oír desde la terraza! ¡Esto ya es un bochorno!

- MANU. Estás excitadísimo...
- RECA. Estoy ¡como me da la gana!
- LUISA. No nos has comprendido; nosotros no nos negamos a ayudarte. Algo de que podamos disponer... una pequeña cantidad, para que empieces a rehacer tu vida, lo tienes a tu disposición.
- RECA. Ni algo ni nada, que ya sé hasta donde llegaría vuestro desprendimiento; no quiero cantidades pequeñas ni grandes. ¡No quiero nada vuestro!
- LUISA. Contigo no hay manera de razonar. Conste que eres tú quien rechaza nuestro ofrecimiento desinteresado, y no se hable más de este asunto ni demos un escándalo en el hotel...
- RECA. Hablaré, ¡¡porque me da la gana!!
- MANU. Y nosotros nos iremos a nuestras habitaciones.
- RECA. O al infierno.
- LUISA. Vámonos a la playa, que se hace tarde. Anda, Engracia... Pero, ¿cómo? ¿También a venido Alejandro Luis?
- MANU. ¡Sólo faltaba esto!
- ALE. Sí, señora; hace un momento que he llegado, y estaba esperando una oportunidad para saludar a ustedes.
- LUISA. (*Desconcertada y seca.*) Pues luego nos veremos, que se nos hace tarde para el baño.
- MANU. Vámonos, María Luisa. Hasta luego, Alejandro Luis. (*DOÑA LUISA y DON MANUEL van saliendo por la terraza. MARIA LUISA y ENGRACIA inician el mutis. A Recaredo.*) Y tú, aquí te quedas.
- LUISA. Hasta la vista. (*Mutis DOÑA LUISA y DON MANUEL por la terraza.*)
- RECA. O hasta nunca.
- MARIA. Hasta nunca, no. Tú eres un alma noble y sabrás perdonarlos.
- ENGR. Mira, tiene razón Recaredo por encima de la coronilla; lo que han hecho con este hombre es una porquería. Yo no me he metido con ellos porque

me estaba conteniendo la niña, que me ha dejado esta manga como un acordeón; pero si no es por eso, se organiza aquí una que no la apacigua el cuerpo de Migueletes.

ALE. Usted perdonará, Don Recaredo, que yo me meta donde no me llaman; pero yo sé lo que es luchar en la vida y el trabajo que cuesta hacerse un sitio...

RECA. ¿Qué quiere usted decir?

ALE. Que también sé todo lo que ha hecho usted por esta familia, cuando podía hacerlo, y el agradecimiento que le guarda a usted María Luisa... Y como para mí lo que ella quiere lo quiero yo también, le participo que dentro de muy poco tendremos un piso muy modesto, no sé si con todo el aire que usted necesita para respirar; pero en nuestra casa tendrá cobijo y cuanto le haga falta hasta que usted pueda volar...

ALE. Como usted quiera. Pero lo dicho, dicho.

ENGR. Acepta y no seas zopenco, que en ninguna parte vas a estar mejor. ¡Mira si yo pudiera vivir con la niña!...

RECA. Le repito que muy agradecido.

MARIA. Yo te convenceré.

RECA. De ningún modo.

MARIA. Cuando estabas decidido a suicidarte, te creías enfermo y sólo veías negruras a tu alrededor, yo supe hacer que entrara en tu corazón un rayo de esperanza; hoy por segunda vez quiero curarte y devolverte la felicidad.

RECA. ¿Y cómo?

MARIA. Aceptando lo que te ofrece Alejandro Luis.

RECA. Eso, menos que nada.

MARIA. ¿Por qué menos que nada?

RECA. Porque odio la familia más que nunca ¡me estor

ban los hermanos y me revientan los sobrinos!
¡Así, clarito!

ENGR. ¿Y qué piensas hacer?

RECA. Pasar el charco, volverme a mis praderas y terminar mis días entre el aire y el sol. (*Entran alegremente por la segunda derecha, LILÍ, NOEMI, JULITO y DON GENEROSO, que hacen palmas y se sientan junto a una mesa, donde el BOTONES acude a tomar el recado. Al mismo tiempo, asoma DON MANUEL por la terraza.*)

MANU. (*Dirigiéndose a sus parientes.*) ¿Venís? ¡Que se hace tarde!

MARIA. Voy a subir al cuarto a recoger a Elo. DON MANUEL hace un signo de conformidad y se retira.)

GENE. (*A MARIA.*) ¿Busca usted a su hermana? Pues no se moleste en subir a su cuarto. Iba ahora mismo por la Avenida, en el auto de Pablito Noriega. (*Si-gue con sus amigos. MARIA al oírlo, se siente vacilar.*)

ENGR. Niña, ¿qué te sucede? (*Acude a ella, así como ALEJANDRO LUIS y RECAREDO.*)

MARIA. (*Dominándose*) Nada, no pasa nada. (*Implorando el auxilio de los tres, vacilante.*) ¡Por Dios! No me dejéis. ¡Os necesito! (*Inicia por primera derecha el mutis seguida de ENGRACIA, ALEJANDRO y RECAREDO.*)

JUL. (*Haciendo volver al BOTONES, que se iba, con unas palmadas. Risotadas alegres del grupo.*) ¡A mí, un wisky con soda!

TELON

ACTO TERCERO

Tienda de joyería y platería en una calle de segundo orden de los barrios bajos. Dos huecos al foro: el de la derecha, escaparate, y el otro, puerta a la calle, que abre a la izquierda cuando se entra. Al lateral derecho, mostrador, y al izquierdo, puerta a las habitaciones interiores; a este mismo lado, un pequeño escritorio pupitre, con algún libro de contabilidad y un calendario visible que dice 24 de diciembre. Una mesita. Un aparato de luz apropiado, encendido, que juega. Un portátil encendido sobre el pupitre escritorio. Sillas convenientemente repartidas. Es de noche; y por el escaparate se ve nevar en la calle, igual que por la puerta cuando se abre.

Al levantarse el telón, está ENGRACIA, con gafas puestas, haciendo apuntes en un libro de contabilidad, y varios chicos, frente al escaparate, cantando un villancico y apoyando el estribillo con ruido de latas.

CHICOS.

En el Portal de Belén
hay un hombre sin cabeza,
con el sombrero en la mano
haciendo la reverencia.
Ande, ande, ande
la marimorena,
ande, ande, ande
que hoy es Nochebuena.

ENGR. *(Mientras cantan, y amenazándoles con la mano desde su sitio.)* ¿Pero os queréis callar, condenados? Que estoy haciendo números...

CHICO 1.º *(Con el 2.º, abriendo la puerta.)* Buenas noches, Doña Engraciá. ¿Ha venido ya el Señor Recaredo?

ENGR. Todavía no.

CHICO 1.º Es que nos ha dicho que vengamos, que nos va a dar turrón.

ENGR. Pues venir a la hora de cerrar.

CHICO 1.º Bueno, ya volveremos. (*Se van los dos CHICOS y los que estaban en el escaparate. ENGRACIA vuelve a su faena.*)

ENGR. «Pulsera seis rosas y amatistas. Número 827. Ciento ochenta pesetas... Medalla esmalte con rubíes...»

ALE. (*Por la izquierda, con capa y paraguas.*) Ahí se queda usted, tía Engracia.

ENGR. Anda con Dios. Y si viene la niña, ¿qué le digo?

ALE. Que me he llegado a casa del grabador a darle unos encargos.

ENGR. Se le dirá. Y procura volver pronto, que no me gusta quedarme sola.

ALE. No creo que esta noche le agobien a usted los marchantes, pero aligeraré. Sobre que María Luisa ya no puede tardar.

ENGR. Eso creo; por más que cuando va a casa de sus padres, se le pasan las horas.

ALE. (*Al mutis.*) ¡Ah! Y no se olvide usted de dar salida a esas tres ventas de esta tarde.

ENGR. Mira, con ello estaba.

ALE. Pues hasta luego. (*Mutis a la calle.*)

ENGR. Adiós.. (*Escribiendo.*) «Pulsera de ópalos y amatistas...» Ya lleva lo suyo la joven esta de los ópalos; se necesita ser tranquila para ponerse en la muñeca esas piedras que traen tan mala suerte; a esa le pasa algo.

OTILIA. (*De la calle, llevando de la mano un marinerito de seis años, con gorra de cintas y gabancito de botones dorados y galones. Lleva paraguas. El CHICO se quita la gorra al entrar.*) Buenas noches. ¿No hay nadie?

ENGR. Pase usted, Señora Otilia...

- CHICO. ¡Atchís!...
- OTI. ¿Y la familia, buena?
- ENGR. Buena, gracias. ¿Y este marinerito tan salado?
- OTI. Es mi nieto. El hijo de mi Julia. Saluda a esta señora.
- CHICO. ¡Atchís!...
- OTI. Pero, chico, que has salpicado a Doña Engracia...
- ENGR. Ponte la gorra, galán, que hace fresquito.
- OTI. (*Poniéndosela.*) Con su permiso, porque es que tiene un constipado que se ahoga; como está acostumbrado al uniforme del colegio, en cuanto le ponen de marinero se ahoga... ¿Está ya la sortija?
- ENGR. Aquí la tiene usted.
- OTI. Queda muy bien. Mira, rey, qué bien te han engarzado tu primer diente.
- ENGR. Pero este diente, ¿es del chico?
- OTI. Sí, señora ¿Por qué?
- ENGR. No, por nada. ¡Sí que es el primer diente! Parece un remo.) ¿Y cuándo es la boda de su hija?
- OTI. De hoy en ocho; en La Huerta.
- ENGR. Pero, ¿es la Julia o la Lupe la que se casa?
- OTI. La Julia, la madre de éste.
- ENGR. Con el hijo de la tienda de modas de Puerta-cerrada, ¿no es eso?
- OTI. Natural, con el padre de éste.
- ENGR. ¡Para no dar que hablar!
- OTI. Ya han esperao bastante.
- ENGR. ¡A ver! Es que si se descuidan va el chico a la boda, de capitán de fragata.
- OTI. ¡Y que vaya boda la que va a ser!... Esa tan renombrá del Señor Camacho se va a quedar en un desayuno escolar.
- ENGR. A mí me han dicho que hasta va la Banda Municipal.
- OTI. No ha podido ser porque tiene concierto matinal en el Retiro, pero va una orquesta con profesores

de la Sinfónica que va a tocar piezas de música española durante las tres horas de la comida, y luego un momento de Chumber, y pa final las alpargatas de las Valquirias, creo que me han dicho.

ENGR. Es que su yerno de usted lo hace todo a lo grande.

OTI. Sí, señora, de eso no hay que hablar; cuando dice a organizar un ágape, no descansa; es un Julio errante y es rumboso donde los haiga y sabe sacudirse. Cuando el bautizo de éste puso una pipa en Flandes: sólo en fiambres y jaletina temblorosa se gastó ochenta durandartes como ochenta soles y mandó destapar veinticinco viudas de Clicó. ¡Lo bien que lo pasemos! A mí, cada copita que bebía me se quitaban veinte años de encima.

ENGR. Pues debió usted de acostarse en pañales, porque usted es aficionadilla...

OTI. ¡Ay qué sombra tiene esta Doña Engracia! Bueno, ¿y cuánto la debo?

ENGR. (*Consultando el papel que envolvía la sortija.*) Pues una pequeñez: siete pesetas.

OTI. Como estas.

ENGR. Gracias. Y salud para que traiga usted a engarzar la muela del juicio del marinero. Adiós, rico. Y mil enhorabuenas a los cónyuges.

OTI. Gracias. (ENGRACIA abre la puerta. El CHICO saluda con la gorra.)

CHICO. ¡Atchís!

OTI. Cúbrete, rey... Y un recadito a Alejandro Luis y a su señora...

ENGR. Aquí la tiene usted. (MARÍA LUISA pasa frente al escaparate.)

MARIA. Muy buenas noches, señora Otilia.

OTI. Para servir a usted.

MARIA. ¡Hola, precioso!

OTI. Niño, ¿qué se dice?

- CHICO. ¡Atchís! (*Después del estornudo hace ademán de irse a quitar la gorrita, pero ENGRACIA apresuradamente se la encasqueta y le pone las dos manos encima.*)
- ENGR. No los entretengas, niña, que se enfría el grumete. (*Empujándolos fuera*) Buenas noches.
- OTI. Ustedes lo pasen bien. (*Mutis para la calle OTILIA y el marinero, que se detienen frente al escaparate. Mientras, la OTILIA envuelve la cabeza del CHICO con un pañuelo blanco. Después desaparecen. MARIA entra limpiándose el espurzo que la echó el niño.*)
- MARIA. Esa mujer es una cotilla.
- ENGR. Y el niño un pulverizador.
- MARIA. ¿Está Alejandro Luis?
- ENGR. Ha ido a casa del grabador, pero vuelve enseguida. ¿Qué hay por casa de tu padre?
- MARIA. ¡Qué quieres que haya! Aquello es un convento de trapenses. ¡Pobrecillos; no se sacan la espina! Allí no se habla más que de la Elo; unas veces temiendo que se ha muerto y otras confiando en verla entrar. Ya ha pasado más de un año, y para ellos como el día que se escapó.
- ENGR. Y yo me hago cargo. Sin saber de la chica en tanto tiempo.. ¡Me hago cargo que estén como están! (*Transición irritada.*) Y luego, como el gamberro de tu padre no se distrae en nada, ni hace nada, pues se está consumiendo en su propia salsa.
- MARIA. ¡Ah! ¿Pero no sabes lo que pasa?
- ENGR. No.
- MARIA. Pues que ayer estuvo a verles mi tío Recaredo.
- ENGR. Pero, ¿Qué dices, niña? ¿Recaredo en casa de tus padres?
- MARIA. Sí, señora. Ellos no lo han confesado hasta después de que lo descubrí por una casualidad; figúrate que al entrar yo en el gabinete, como todos los días, me fijó en que los retratos de los Santiponce estaban de cara a la pared; la inmediata:

¡aquí ha estado mi tío Recaredo! Y mi madre, como avergonzada y costándole trabajo, contesta: «Sí, es verdad...» ¡Total, que había estado!

ENGR. ¿Y a qué ha ido a verles ese hombre, después de lo mal que se han portado con él?

MARIA. A ofrecerles trabajo en su negocio de las pieles. Mi tío Recaredo buscaba personas de confianza para que le corriesen el artículo de peletería entre la gente aristocrática, y como, a pesar de todo, no les guarda rencor, y el negocio da mucho dinero, se lo ha ofrecido a ellos.

ENGR. ¿De modo que ha ido a ofrecerle trabajo a tu padre?

MARIA. Sí.

ENGR. ¡Si es más buenazo! Te advierto que le voy tomando ley a ese peletero... Bueno, ¿y tu padre le habrá tirado un bargueño a la cabeza?

MARIA. ¡Quiá! Han aceptado los dos.

ENGR. Si te digo que ese Recaredo es más grande que el Stadium Metropolitano; porque convencer a mi hermana de que trabaje...

MARIA. Pues, tía, ha hecho el milagro en toda regla, porque hoy han salido por primera vez y le han vendido más de dos mil pesetas.

ENGR. Tu tío está de non en el mundo. Es capaz de hacer que tus padres levanten la cabeza después de haber tirado lo que él les dió. Un corazón de oro tiene ese hombre; parece una pantera y luego resulta una ursulina. (*Pasa RECAREDO frente al escaparate con el gabán suelto y desabrochado.*) Mírale, tan fogoso. Parece que estamos en agosto. (*Entra RECAREDO con paraguas y dos paquetitos.*) ¡Pero, hombre! ¿Desabrochado con el frío que hace? ¿Tú quieres coger una pulmonía?

RECA. Lo que yo quiero es aire. Si en Madrid no hace frío. (*Ha dejado el paraguas abierto para que se se-*

que y se ha quitado el gabán.) Déjame que me siente aquí un momento, porque vengo rendido...

ENGR. Siéntate donde quieras, pero no me dejes abierto el paraguas dentro de casa, porque trae la negra. *(Lo cierra.)*

RECA. Si es que está chorreando...

MARIA. Trae que lo ponga a secar en la cocina.

RECA. De paso deja este turrón que he traído para vosotras, y este otro ponlo ahí, que es el aginaldo para los chicos de los villancicos. *(MARÍA LUISA se va por la izquierda con el paraguas y el paquete.)* ¡Con que el paraguas abierto trae mala sombra! *(Mutando de sitio.)* ¿Pero cuándo dejarás de creer esas tonterías?

ENGR. Cuando tú te estés quieto. *(Por el escaparate se ve aparecer a GRACIOSA, que mira disimuladamente por la luna, como si espíase a los de dentro. RECAREDO vuelve la cara y la ve, sin dar a la cosa la menor importancia. GRACIOSA, como si se creyera sorprendida, desaparece.)*

RECA. Vengo un poco nervioso.

ENGR. ¿Y por qué? ¿Qué te pasa?

RECA. ¡Que estoy muy contento, Engracia, porque me siento fuerte y vigoroso, y mis asuntos marchan viento en popa!

ENGR. ¡No puedes figurarte lo que me alegro!

RECA. ¡Y pensar que si me hubiera pegado un tiro en la cabeza ahora lo sentiría!...

ENGR. No sé qué ibas a sentir después de pegarte un tiro en la cabeza.

RECA. Tenía razón la niña, como tú dices; me hacían falta afectos.

ENGR. ¿Y los has encontrado?

RECA. Te diré; la familia me sigue pareciendo una porquería, porque mis hermanos, ya ves la jugadita que me hicieron; pero cuando vengo rendido del

trabajo y entro en este casa y veo a esos muchachos que se quieren y a ti que los adoras y a ellos que te adoran a ti, no te diré que envidie a los Patriarcas de la Biblia, pero me alegro mucho de seguir viviendo.

ENGR. Y acabarás casándote.

RECA. (*Levantándose brusco.*) ¿Casándome yo? ¡Antes moro de Benisicar!

ENGR. Torres más altas cayeron. Todo será que a mí se me ponga entre las cejas buscarte una mujer que te convenga y que se se haga contigo (*Insinuante.*)

RECA. Muchas gracias.

ENGR. Como que tú tienes madera de casado; lo que hay es que no lo notas porque sobre esa piel de puerco espín que Dios te dado resbalan las delicadezas. Eres un cardo, Recaredo, pero se te aprecia.

RECA. (*Ingenuo.*) ¿Crees que no lo veo? Y yo te correspondo...

ENGR. Pues se conoce poco.

RECA. (*Levantándose inquieto.*) No se conocerá, pero te correspondo, ¡caray! Lo que pasa es que me excitas con esas paparruchas del martes, de la bicha...

ENGR. (*Tocando madera.*) ¡Lagarto, lagarto!...

RECA. ...y el pan boca abajo... Pues mira, te advierto que hoy me he encontrado dos tuertos. (*Aparece otra vez GRACIOSA en el escaparate y se repite el juego anterior.*)

ENGR. ¡Ave María Purísima! Serán bobadas, pero no te fíes de ningún tuerto, por si acaso. (*Apaga la luz del aparato central, quedando la escena en penumbra con sólo el portátil del escritorio y la luz del escaparate.*)

RECA. ¿Sí, eh? Pues, para que te convenzas, te diré que, gracias a un tuerto, voy a salir de pobre y a rehacer mi fortuna en muy poco tiempo.

ENGR. ¿Cómo?

- RECA. Gracias a un tuerto; a ese amigo mío que está en el Canadá, y es quien me envía las pieles directamente en unas condiciones que no hay quien pueda competir conmigo... ¿Te convences ahora?
- ENGR. Hombre... es que un tuerto en el Canadá, por mucha fuerza que tenga en el ojo malo... ¿Pero tú vas a establecerte con el tuerto?
- RECA. No; me iré yo solo. Y ese es mi sentimiento: tener que dejaros. Es lo que me joroba de verdad, caray, porque os iba tomando ley!
- ENGR. Y ¿por qué no has de seguir viviendo con nosotros?
- RECA. Porque no voy a estar toda la vida abusando de la hospitalidad de esos chicos. (*Mirándose la palma de la mano.*) ¡Caray! ¡Cómo me escuece!
- ENGR. ¿Qué te sucede? ¡Pero, qué atrocidad! ¿Cómo te has hecho esto?... Deja que te lave con agua oxigenada... (*Mutis por la izquierda, precipita lamente.*)
- RECA. Si no vale la pena... Esta mujer vale lo que pesa. (*Mirándose la mano.*) Pero ese hombre debía tener pinchos en la cara.
- ENGR. (*Con toalla, palangana, algodones y agua oxigenala.*) Vamos, siéntate aquí.
- RECA. Pues ni que fueras a cortarme el brazo. (*Se sientan detrás del escritorio, ocultos a la vista desde el escaparate. ENGRACIA le lava y le hace la cura.*)
- ENGR. ¿Pero cómo te has hecho esta herida?
- RECA. Pues no lo sé; porque yo no he hecho más que darle una mano de bofetadas al sinvergüenza ese de Manolito López, que le di unas pieles para vender y quería escamotearme una. Pero no le ha valido, porque le he quitado la piel que le di y por poco le quito la que le dió su madre... Y ahora me pesa haberle dado tan fuerte, porque en medio de todo ese Manolo es un fresco que tiene gracia. (*Se asoma GRACIOSA al escaparate y no vien-*

do a nadie hace señas a otra persona que se supone en la calle, y después de un momento se dirige a la puerta y la abre cautelosamente.) A que no sabes cómo le saca las pesetas a ese señor asmático que vive en el 14?

RECA.

Pues la está vendiendo aire de la sierra embotellado. Entra las botellas llenas de aire en la alcobilla del enfermo, las echa agua, y el enfermo se hace la ilusión de que el aire que sale de los cascotes, huele a tomillo. *(Se abre la puerta sigilosamente y entra GRACIOSA, muy desastrada. RECAREDO y ENGRACIA, se esconden tras el escritorio.)*

RECA.

¡Chist! ¡Silencio!

RECA.

(Bajo.) ¡Escóndete y no hables! *(Conteniendo a ENGRACIA para que no se mueva. Pausa. Durante el silencio de la escena se oye cantar muy lejano.)*

CHICOS.

En el Portal de Belén,
una gitanilla ha entrado
y al Niño recién nacido
las mantillas le ha robado.

Ande, ande, ande,
que hoy es Nochebuena.

RECA.

Es una golfilla que andaba rondando el escaparate.

ENGR.

Vendrá a robar.

RECA.

Tendrá hambre. No tiene facha de ladrona la pobrequilla...

ENGR.

Y si se lleva algo... *(ENGRACIA quiere salir y RECAREDO la contiene.)*

RECA.

Siempre estamos a tiempo de cogerla ¡Calla! *(GRACIOSA, que ha avanzado explorando, al no ver a nadie, sale a la puerta y llama con la mano.)*

GRA.

(A media voz.) ¡Vamos, ahora no hay nadie! *(ELO, hecha un pingajo como la otra, arrebujaada en un mantoncillo en el que esconde un bulto, entra miedosamente y ocultando la cara en el mantón, se queda a la puerta.)*

ELO.

(Muy bajo.) ¿Estás segura

GRA. Sí. ¡Hay que aprovechar! (*Se dirige al proscenio mirando a todos lados. Al ver que ELO no la sigue, vuelve a buscarla a la puerta.*) Amos, que ahora no nos ve nadie...

ELO. ¡Tengo miedo!

GRA. (*Tirando de ella hacia dentro.*) ¿De qué? Si estamos solas... ¡No hay que ser pasmá!... ¡A despachar pronto!... (*ELO mira a todos lados como buscando algo.*) Ahí mismo... en el mostrador... (*ELO, vacilante, abre el mantón y saca una criatura de pañales que deposita sobre el mostrador, entre sofocos de llanto.*) ¡No, ahí no, que se pué caer!... En el suelo... (*ELO se quita su mantón, lo extiende en el suelo, junto al mostrador, y coloca al niño encima, arrodillándose ante él y cubriéndolo de besos, entre sollozos reprimidos.*) ¡Chist!... ¡No hay que llorar, que nos van a oír!

ELO. ¡Hijo de mi alma!

GRA. (*Queriéndola levantar a viva fuerza.*) Amos, que nos trincan.

ELO. (*Sin dejarse arrancar del lado de su hijo y sin quitarle ojo, como si le hablara.*) ¡Espera, espera!... Déjame que le bese por última vez.

GRA. ¡Pero, amos, pronto!

ELO. ¡Soy yo!... ¡Tu madre!... ¡Perdóname, perdóname!...

GRA. ¡Amos, que vienen!... (*La levanta y la empuja hacia la puerta, echando también miradas al niño.*) ¡Amos, que vienen! (*Abandona un momento a ELO, que queda parada a la puerta, llorando con la cara entre las manos, y precipitadamente va al chico, se arrodilla ante él y le da un beso; después, lo arroja en el mantón y se dirige precipitadamente a la puerta para abrirla y escapar. En este momento salen ENGRACIA y RECAREDO de su escondite, y éste detiene a las dos chicas mientras ENGRACIA recoge al niño del suelo.*)

- RECA. ¡Quietas ahí las dos! (*Enciende las luces.*)
- ELO. (*Cubriéndose la cara.*) ¡Jesús!
- GRA. ¡Con tó el equipo!
- RECA. (*Empujándolas al prosenio.*) ¿A qué entrasteis aquí? (*Pausa. Silencio interrumpido por los sollozos de ELO.*) ¿No sabéis contestar?
- ENGR. ¿Para qué preguntarles? Ni pueden hablar. Este meón responde por ellas... ¡Mira qué guapo chico!
- RECA. (*Conmovido.*) ¡Pobrecito!... ¡Aja!... ¡Ajito'... (*ELO y GRACIOSA abren la puerta para escapar. RECAREDO las detiene.*) ¡Quietas! (*Transición.*) Pero ¿habéis tomado esto por el torno de la Inclusa? (*Dulcificándose.*) Vamos, siéntate aquí. Y no tengas cuidado, que no nos comemos los niños crudos... ¿Ese mocito es tuyo? (*A GRACIOSA, que por mímica da a entender a RECAREDO que suyo, no es, que es de la otra.*)
- ENGR. Vamos, no llores más, mujer; no tengas miedo, que no te pasa nada...
- RECA. Sécate ya esos ojos. (*Saca su pañuelo para hacerlo y al separarla las manos la reconoce.*) ¡¡Engracia!! ¡¡Engracia!! ¡Mira!...
- ENGR. ¡¡La Elo!!... ¿Pero tú?... ¡En este estado!... (*ELO cae de rodillas abrazada a las faldas de ENGRACIA y tapándose la cara con ellas, llora desconsoladamente.*) ¡Levántate, mujer!... (*RECAREDO la levanta. ENGRACIA, con un azoramiento cómico dentro de su emoción, no sabe qué hacer ni dónde dejar al chico para atender a ELO. Por fin se lo entrega a RECAREDO, que lo mece en sus brazos, y ella abraza y besa a ELO efusivamente hasta que se des prende de sus brazos.*) ¡Espera un poco, hija... ¡Niña!... ¡Niña!... (*Se va por la izquierda precipitadamente.*)
- ELO. (*ELO, queriéndola detener, contenida por RECAREDO.*) ¡No, no! ¡Que no la llame! ¡Que no me vea!... ¡Déjame que me vaya! ¡Anda, Graciosa, vámonos!

- RECA. ¡Qué locura!
- ELO. ¡Déjame, déjame! ¡No quiero que me vean!
- RECA. Vamos, Elo, ten calma, y no me zarandeas que se me cae el chico!
- ELO. ¡Déjame, déjame!
- MARIA. *(Por la izquierda.)* ¿Dónde está, dónde está?
- RECA. Aquí la tienes...
- MARIA. *(Yendo hacia su hermana y deteniéndose petrificada al verla.)* ¿Esa es la Elo...? *(Reaccionando y yendo a echarse en sus brazos.)* ¡Elo!... ¡Hermana mía!
- ENGR. *(Por la izquierda con un tazón de caldo humeante y un mantón de abrigo.)* Darle un poco de caldo, que está helada, y abrigarla con esto.
- MARIA. Toma; bebe un poquito para entrar en calor.
- ENGR. Vamos, otro traguito...
- ELO. Muchas gracias... pero no puedo más.
- RECA. *(Al rorro.)* Mira, no hagas pucheros, que yo soy ama seca. *(MARIA LUISA deja sobre una mesita el caldo que rechazó ELO; y mientras siguen hablando y atendiéndola se lo toma GRACIOSA, que se siente renacer.)*
- ELO. Gracias... pero os suplico que me dejéis marchar.
- GRA. ¡Anda esta! ¡Con la noche que hace!
- ELO. No soy digna de estar entre vosotros... ¡Qué vergüenza! ¡He caído tan bajo!...
- ENGR. No, Elo; nosotras te consolaremos y tú consolarás a tus padres, que bien lo necesitan.
- ELO. ¿Dónde están? ¿Los veis vosotros?
- MARIA. Sí, mujer, si viven a dos pasos de aquí...
- ELO. ¿Y se acuerdan de mí?
- ENGR. Eres su pesadilla.
- ELO. ¿No me maldicen?
- MARIA. No; desean verte.
- ELO. Pues no me verán... Me moriría de vergüenza y de pesar...
- RECA. *(Azoradísimo.)* Este angelito se está poniendo muy colorado y yo no sé que es esto. Ajito, ajito...

- ENGR. No lo ajites y déjalo echado en mi cama, que ahora vamos nosotras.
- RECA. (*Observando al rorro fijamente mientras se va.*) A mí me azara mucho, porque parece que le va a dar una congestión... (*Mutis por la izquierda.*)
- ENGR. Anda, ven con nosotras, criatura. Esto noche te acuestas en mi cama con tu chiquillo y entras en calor, que buena falta te hace, y mañana Dios dirá. (*La van llevando hacia la puerta de la izquierda.*)
- ELO. Yo me vuelvo al arroyo, con Graciosa...
- MARIA. ¿Con Graciosa?
- ENGR. ¿Pero esta es la Graciosa?
- GRA. Para servir a ustés. (*La reconocen y la besan.*)
- MARIA. Pero... ¿tú con mi hermana?
- ENGR. Ahora, dejemos eso; esta se va a acostar; si, mujer: no te apures, que Graciosa también se queda con nosotras. Espérate un momento.
- GRA. ¡Mi madre, que me quedo!
- ENGR. Vamos, vamos adentro.
- ELO. ¡Qué vergüenza!... (*Mutis las tres por la izquierda.*)
- GRA. ¡Menos mal que me quedo! ¡Y que me alegro poco, que está la nochecita!...
- RECA. (*Entrando por la izquierda con su gabán al brazo y una bandeja en la mano con un tazón de caldo, una botella de vino blanco y una copa.*) Tómame esto, pequeña.
- GRA. ¿Pero eso es para mí?
- RECA. Esto, para que te calientes por dentro, y esto, para que te abrigues por fuera... (*Poniéndola el gabán que la arrastra. La chica se remanga para que le salgan las manos.*)
- GRA. Me está una miaja grande...
- RECA. Ya veo que te arrastra, pero te abriga... ¡Tómame un sorbo!
- GRA. ¡Mi madre! ¡Que me abrazo!... ¡Pero qué bueno está! Dios se lo pague a usted, señor... joyero.

RECA. Está pagado. Bebe. (*Le da vino.*) ¿Y tú, cómo te llamas?

GRA. Graciosa. (*Con la boca llena.*)

RECA. ¿Graciosa nada más?

GRA. Nada más. Así me llaman y así contesto.

RECA. Apura esa copita.

GRA. (*Lo hace.*) ¡Pa resucitar defuntos!... Muchísimas gracias, señor... joyero...

RECA. Me llamo Recaredo.

GRA. ¡Anda Dios! ¿Usted es el tío «Recadero»?

RECA. ¿Me conocías?

GRA. Ya lo creo; pero le juro a usted que yo no dije nada; y poco que me chocaba a mí el nombre: «Recadero», como los botones de un contine, que son recaderos.

RECA. Bueno, como tú quieras.

MARIA. (*Por la izquierda, con velillo, abrigo y paraguas.*) Hasta ahora mismo, que voy a llegarme a casa de mis padres a darles la noticia.

RECA. Bueno, pero no se la des de golpe.

MARIA. Descuida, que les iré preparando. En seguida vuelvo. (*Mutis a la calle.*)

RECA. ¿Quieres tomar más?

GRA. Si hay un cacho pan... (*RECARADO se va por la izquierda y vuelve en seguida con un pedazo de pan y chorizo.*) ¡Anda! Y se va a buscarlo... Pos van a venir dos cachos, porque este señor es otro cacho pan. (*Viéndole entrar.*) ¿Pa qué sa molesta usted?

RECA. Para que comas y entres en calor.

GRA. No; si ya estoy caliente; con este malfelán. Y le prevengo a usted que también habíamos comido.

RECA. ¿Y qué habíais comido?

GRA. Dos chuletas de huerta, pero muy calentitas.

RECA. ¿Dónde?

HBA. Ahí, en la Plaza del Pogreso, esquina a la calle Mesón de Paredes.

RECA. Si, alguna sucursal del Ritz.

GRA. Con cuatro ruedas. El establecimiento ambulante del señor Higinió. Es decir, como comer me las he comido yo las dos, porque la Elo, como no tié ganas, se echó la suya debajo del mantón pa darle calor al crío, porque es que éstaba helá la creaturita, y de que se enfrió la chuleta pos me la dió pa mí... Hambre, lo que se dice hambre, no hemos pasao, porque desde el jueves hemos comido todos los días poco o mucho, más poco que mucho, pero hemos comido, porque como la Elo tié dinero...

RECA. ¿Que tiene dinero?

GRA. Sí señor; tres pesetas, una caraba y dos gordas en calderilla, sobrantes de la venta del papel.

RECA. ¿De qué papel?

GRA. De «Informaciones» y «La Voz», que vendo yo por las noches. Con eso, teníamos sobrao pa la mantención de las dos, porque al chico, cuando se le secó su madre, le hice miembro de «La gota de leche» y no gasta ná.

RECA. Pero tú, ¿cuándo has conocido a la Elo?

GRA. ¡Andá! Pos si estuve sirviendo en su casa. ¿No se lo han dicho a usted?

RECA. No.

GRA. Pues estuve y me echaron ya va pa dos años, hasta que a prencipios de este ivierno me encontré a la señita Elo cuando llego de Mudapés, u sea Hungría, según me ha dicho ella... ¿Me deja usted tomar un chupito? Porque es que este vino es talmente una salamandra pa el estómago... (RECARDO *le sirve otra copa.*)

RECA. ¿Y que hacía la Elo en Budapest?

GRA. Pues a lo primero, según m'ha dicho, darse vida de reina con el Marquesito ese que la sacó de San Sebastián ofreciendo casarse con ella, y que primero la había llevao a París, y luego a Francia,

y después, cuando él la abandonó, pues pasar las negras, porque el muy charrán la dejó con lo puesto y... las esperanzas de un bautizo.

RECA. ¡Canalla!...

GRA. Conque ella vendió lo que tenía y se volvió a Madrid... y aquí nació el chavea, ¡que si viá usted lo castizo que es el alma mía!... A mí, cuando me mira y me hace esa cosa así, con los ojos... ¡Amos, que le daría mi sangre y tó lo que llevo encima, menos este gabán, que es de usted.

RECA. No divagues, Graciosa, y sigue tu historia. ¿Qué hizo en Madrid la Elo?

GRA. Pues a eso voy, Don «Recadero»... ¿No preguntaba usted que ande la conocí?

RECA. Sí.

GRA. Pos deje usted descansar al macho, que ha subió una cuesta. Yo conocí a la Elo en la estación de Atocha, la noche que salió pa Melilla el segundo batallón de Saboya, ande se iba mi hermano pa siempre; que no le veré más, y era lo único que me quedaba en el mundo.... (*Llorando.*)

RECA. ¡Vamos, vamos..., muchacha!

GRA. Y con él me ganaba yo la vida recogiendo la carbonilla de las máquinas del Cerro de la Plata... ¡Maldita sea la guerra!...

RECA. Vamos, tranquilízate y sigue tu historia...

GRA. Pos verá usted; de que el tren se marchó, yo me quedé como alelá, mirando fija en lo oscuro aquellas lucecitas rojas que corrían, y que con las lágrimas se me hacían como rayas de sangre, cuando llegó un tren de Barcelona, y de un tercerola bajó la Elo. Amos, yo entonces no sabía que era la Elo, ¿me comprende usted?, pero era la Elo.

RECA. Sí, comprendido.

GRA. Porque venía mu desfigurá... Bueno, pos al bajarse del vagón en ná estuvo en que se matase, por-

que con con lo abultá que ya venía y tres bultos que traía en una mano y un maletín de mano en la otra mano, pòs a poco se cae.

RECA. Y tú la cogiste y...

GRA. De que nos conocimos, pa qué lo voy a referir. «¡Uy la señita!» «¡Uy la Graciosa!» Y me ofrecí pa llevarla los bultos que no eran personales, pero ella debió pensarse que yo estaba de soguilla y no quiso, y yo entonces la dije: «Si no tié que darme ná; es por ayudarla.» Y fué ella y me dió el equipaje. Salimos, y la digo: «¿Ande vamos?» Y va y me dice: «¡Nosé!» Y me se echa a llorar como una Madalena. Total, pa abreviar Don «Recadero», que tomemos un tazis cuarentín y me la llevé a la posá de la Villa, en la Cava Baja.

RECA. ¿Y la dejaste allí?

GRA. Y volví al día siguiente... y a poco no me la encuentro sola.

RECA. ¿Cómo? ¿Estaba con alguien?

GRA. Llegó al cabo de un rato.

RECA. ¿Pero quién?

GRA. ¡El chavea! Y yo sola pá tó, ¡haga usté el favor de hacerse cargo! Que hasta que llegó el médico de la Casa de Socorro, pasé unos sudores fríos que pa que le voy a usté a referir.

RECA. Lo creo, ¿y después?

GRA. Pos' después, quince días en la posá las dos solitas, yo haciendo de nurse y ella llorando y besando al chico, y contándome de sus padres y de ustés y de los Santiriponces, y diciendo que ella no volvía a casa de sus padres ¡y llorando! y yo contándola chascarrillos olorosos y baturros pa hacerla reír y consolarla, y ella ná ¡llorando! y «que yo era mu buena» y «que ella era mu mala» y que «que vergüenza me dá» ¡y llorando! y... ¿me dá usté otro chupito? (*Se lo sirve él*) Hasta que se

acabó el dinero y nos echaron de la posá.

RENA.

Y ¿adónde fuisteis?

GRA.

¡Ay que gracia! ¡A la cochina calle! Yo la dije que su cuñado se había establecido de joyero y que se viniese aquí a la tienda de su hermana, pero dijo que la daba vergüenza, y no quiso, y entonces yo me acogí a la venta de papel pa atender al condumio y a la colchoneta, y entre el banco de una iglesia y el bar del Sortijillas, hemos tirao hasta hoy, que se nos helaba la criatura... porque la señita Elo, ha estado dándola de mamar leche merengada, y decidimos...

RECA.

Abandonarla.

GRA.

(Danlo un puñetazo, levantanlose indignadisima y alzando la voz agresiva.) ¡Abandonarla, no! ¡Dejarla aquí que es un sitio seguro, antes de que se nos muriese de frío!... ¡Por dos copas de vino y un gabán... *(Quitándoselo rabiosa y tirándoselo a la cara.)* que pue usté guardárselo ahora mismo, no hay derecho a insultar! ¡Abandonarla! No señor, dejarla aquí, ande sabíamos que la cuidarían.

RECA.

(Azorado, imponiendo silencio.) ¡Chits!...

GRA.

¡A ver si se ha creído usté, eramos capaces de echarla a la Inclusa!...

RECA.

(Como antes.) ¡Cállate, chica!...

GRA.

(Echándose agresiva encima de él que se deja acorralar ante la briosa explosión de aquella criatura insignificante.) ¡Tenemos nosotras un corazón mu grande ¿sabe usté? y la tenemos pero que muchísima ley a la creatura, pa hacer una guarrá como esa! ¡Nos ha amolao, Don Recadero! *(ALEJANDRO LUIS, que viene de la calle por el lado contrario al del escaparate, abre la puerta y queda sorprendido por lo que vé.)*

ALE.

Pero, ¿qué bronca es ésta? *(GRACIOSA se reprime)*
¿Quién es ésta chica?

RECA. ¡Es un angel!

ALE. ¿Cómo?

RECA. Un ángel que atiza, pero un ángel.

ALE. ¿Quieres hablar más claro, tío Recaredo?

RECA. Ya te irás enterando. Y si te corre prisa, la solución está ahí dentro.

ALE. ¿Pero es que ocurre algo?

RECA. Nada desagradable, tranquilízate.

ALE. ¿Ha vuelto María Luisa?

RECA. Está en casa de sus padres.

ALE. ¿Todavía? ¿Con la noche que hace? Bueno, ¿qué pasa aquí?

RECA. Nada, hombre, nada. Entra y te convencerás. (ALEJANDRO LUIS mira a los dos desconcertado y se va precipitadamente por la izquierda.)

GRA. Este es el marido de la hermana de la Elo.

RECA. Justo, Alejandro Luis.

GRA. ¡Le había tañao!... De que le guilé, me dije: Este es el marido de la María Luisa.

RECA. Veo que conoces a la familia.

GRA. Hágase usted cargo. (*Entran de la calle DOÑA LUISA, DON MANUEL y MARIA LUISA, con paraguas.*)

LUISA. ¿Dónde está mi hija?

MANU. ¿Dónde está?

GRA. ¡Los padres! ¡Se ha caído!

RECA. Ahí dentro con Engracia y Alejan... (*Los padres marcan rápidamente el mutis por la izquierda, RECARDO y MARIA LUISA los detienen.*) Pero, esperarse un poco.

LUISA. ¡Quiero verla!...

MARIA. Ya la verás después. Está dormida...

RECA. Y está un poco alterada...

MANU. Entraremos despacio...

MARIA. Entraré yo primero para prepararla.

MANU. Anda, sí, date prisa que se me hacen siglos los minutos!

- MARIA. Ya os avisaré..., (*Mutis por la izquierda.*)
- LUISA. ¡Hija mía!
- MANU.. ¿La has visto tú?
- RECA. Sí, y está buena; tranquilizaos.
- LUISA. Pero ¿cómo viene?
- MANU. Dinos la verdad, porque real y verdaderamente, yo tengo el corazón anegado por la pena.
- RECA. (*Rascándose la cabeza.*) Real y verdaderamente, no sé como decirte... pero no viene para el Ritz...
- MANJ. ¿Eh?
- RECA. (*Señalando a GRACIOSA.*) Por la pinta de la señorita de compañía podeis haceros cargo.
- MANU. ¿La señorita de compañía?
- RECA. La carabina, como decís vosotros.
- MANU. No estamos para bromas, Recaredo.
- RECA. No hablo en broma, Manuel; lo que ha pasado te demuestra que ya no hay castas, y si las hay, que son más nobles las de abajo que las de arriba, que si un marqués echa a tu hija al fango, una golfilla la recoge; que la casa solar de los Santiponces se derrumba si no la apuntalamos trabajando y que a vuestro árbol genealógico se le secan las ramas si no se le ingerta savia plebeya...
- MNU. ¡Lo aprendo un poco tarde!
- RECA. No; todavía es tiempo de levantar tu casa. Trabaja, hombre, trabaja como ese platerillo de portal que tanto despreciabais...
- ENGR. (*Por la izquierda con unas ropas y unos zapatos de mujer al brazo.*) Mira, podéis pasar porque ahora parece que rebulle la pobrecita.
- LUISA. ¡Vamos, vamos...!
- ENGR. (*Deteniendo a los padres.*) Pero a ver qué la vais a decir y si vais a tener corazón para echarla en cara su falta...
- MANU. ¡Mujer!...
- ENGR. Porque es que si hacéis eso... ¡a tí te saco arras-

tras por el añadido y a éste le siento al fresco sobre la nieve!

LUISA. No, mujer, al contrario...

ENGR. Pues adentro. (*Les deja paso y se van DON MANUEL y DOÑA LUISA.*)

GRA. Déjeme usté pasar a verla.

ENGR. Luego irás, que el cuarto es muy pequeño y no cabe tanta gente. (*A RECARDO.*) ¡Está más excitada la pobrecita... Sueña en voz alta y dice: «No tiene padre... no tiene padre...»

GRA. Casi siempre hace igual, y pega unos botes... No me deja dormir, y a lo mejor va y coge y me zarandeo porque dice que ronco, y es una ilusionista, porque no es verdá; yo me llevo fijao muchas noches y estoy con cuidado y no me oigo roncar...

ENGR. ¡Bueno! ¡Eres más salada!... Anda, quítate esos pingajos, que están chorreando, y ponte esta ropa mía hasta mañana que te compremos otra.

GRA. (*Disponiéndose a hacerlo; mirando las prendas.*) ¿Y ande voy yo con esto? ¡Ná, que hay que ver! ¡Antes al manferlán de don Recadero, y ahora esta cortina!

RECA. Pero, ¿se va a vestir aquí? Llévala ahí a mi cuarto y que se arregle.

ENGR. (*Conduciéndola a la izquierda.*) Ves por ese pasillo y la segunda puerta a mano izquierda.

GRA. (*Mirando las prendas.*) ¡Hoy me pongo de largo! (*Mutis.*)

RECA. Llégate con la Elo a ver qué pasa, no sea que esos le digan una estupidez.

ENGR. No; no creo. ¿Que te parece a tí?

RECA. Que mi hermana es muy bestia.

ENGR. No tanto, hombre... Como se va a atraver con la pena que da esa criatura...

RECA. (*Cogiéndola cariñosamente por los hombros.*) Es que tú la juzgas por ti misma, y hay pocas mujeres que tengan el alma que tienes tú...

- ENGR. (*Mirándole a los ojos sonriente y complacida.*) ¿Crees tú, Recaredo?
- RECA. (*Dándola un cachetito en la cara.*) Estoy seguro, Anda llégate a ver... (*Inquieto abre la puerta, vuelve, etc.*)
- ENGR. (*Sumisa y complacida.*) Como tú quieras... (*Medio mulis.*) ¡Mira! ¡Viene aquí! (*Entra ELO sostenida por DOÑA LUISA y MARIA. Detras de ellas ALEJANDRO y DON MANUEL.*) Siéntate en esta silla, que aquí estarás más cómoda.
- ELO. Gracias, ¡que buenos sois! Pero, ¿y Graciosa, en dónde está Graciosa?
- ENGR. Pierde cuidado, mujer; que no la abandonamos. Entró a mudarse de ropa, porque estaba empapada.
- RECA. ¿Te encuentras ya mejor?
- ELO. Es tan dulce encontrarse rodeada de cariño... (*Con desesperación.*) ¡A pesar de lo perra que he sido, de lo mala...
- ENGR. ¡Bah, mujer, no empecemos!
- RECA. Nadie se acuerda de eso.
- ELO. Vosotros, no, que me perdonais todo, hasta la infamia que he cometido... pero mi hijo no me lo perdonará...
- MARIA. Vamos, Elo...
- ELO. Cuando sea mayor y me pregunte quién ha sido su padre, no sabré contestarle y me despreciará.
- RECA. Tú podrás decirle quién es su padre y se lo enseñarás, porque yo iré a buscarle y con razones, o con puños, si es preciso, te lo traeré para que cumpla con su deber...
- ELO. (*Con odio.*) Si eso fuera posible... yo misma, sin contar con nadie, me hubiera hecho justicia por mi mano. ¡Pero no puede ser. Ya está casado... ¡Toda reparación es imposible..!
- RECA. No creo nada de eso. Te ha engañado. Se ha fingi-

do casado por librarse de tí. Yo iré a buscarlo...
(*Se mueve agitadísimo; abre la puerta.*) ¡Yo le obligaré..!

MARIA. No te apures, Elo; entre todos ampararemos a tu hijo.

MANU. Vivirás con nosotros y seremos felices...

ELO. ¡Yo no seré feliz! Cuanto más tiempo pase, más cuenta se dará el hijo mío de su vergüenza. (*Levantándose brusca y decidida.*) ¡Dejadme que me vaya..! (*Recaredo la detiene.*)

LUISA. Pero Elo., ¡hija..!

ELO. (*Forcejeando con Recaredo.*) ¡A la calle, al arroyo! Dejadme, dejadme!

RECA. (*Volviéndola al proscenio y fingiendo un aplomo y una indiferencia que no siente.*) ¡Ea! Basta ya de llantos y de escenas de familia. A consolarse ya que la cosa no tiene remedio. El tener padre y madre y familia, no constituye la felicidad ni mucho menos... Al contrario; hay muchos hijos sin padre, que están gordos y sanos y que por no tener la familia reglamentaria son felices. Tu hijo puede ser uno de ellos...

ENGR. ¡Recaredo!

RECA. (*Luchando en su interior.*) Sí, señor; tu hijo puede ser uno de esos hombres felices aunque no sepa quién fué su padre... eso es... aunque tú no puedas decírselo...

ELO. (*Con pena.*) ¡Tío!...

RECA, (*Vacilando.*) Pero si eso ha de ser la amargura de tu vida..., si eso ha de ser la vergüenza de tu hijo... (*Brusco, impetuoso.*) ya que no puedo coger entre mis manos al sinvergüenza de su padre para escupirle y estrangularle... (*Vacitando hasta resolverse.*) ¡su padre seré yo! ¡Yo! ¡El idiota! ¡El bestia que odiaba a la familia y no sabía para lo que sirve el corazón! (*Asombro en todos.*)

ELO. (Yendo hacia él.) ¡Tío Recaredo!...

RECA. Yo ya no soy tu tío. ¡Soy tu marido! (Abrazándola con emoción.) ¡Elo! ¡La abandonada! Ampárate en mi pecho; yo seré el padre de tu hijo... ¡¡porque me dá la gana!! (ENGRACIA cae en una silla con sorda congoja. MARÍA LUISA se aparta del grupo y la sostiene en sus brazos. Los demás que no lo han notado, siguen rodeando a ELO y RECARDO que están abrazados.)

MARÍA. (A media voz.) ¡Tía Engracia! ¡Tía Engracia! ¿Te pones mala?

ENGR. Cállate, niña, calla... ¡Esto se pasará!

LUISA. (A RECARDO en tono brillante y ridiculamente solemne.) Gracias, Recaredo. Has librado de bastardía el escudo de los Santiponces... (Señala al cielo.) ¡Nuestros abuelos te lo agradecerán!

RECA. (Remedando el tono de su hermana.) No te hagas ilusiones, que esto no lo hice por tus abuelos sino por tu nieto. (Quedan formando cuadro; Elo y Recaredo, abrazados; los demás rodeándoles, excepto María, que en grupo aparte atiende a Engracia. Aparecen los chicos frente al escaparate y empiezan un villancico. Aparece GRACIOSA, por la izquierda, hecha un adefesio, con unas ropas que se las pisa. Atraviesa la escena y queda embobada oyendo a los chicos su canción.)

CHICOS. El niño recién nacido
es bonito como un angel...

GRA. (Abriendo la puerta.) ¡Callar, chicos! (Callan.) Que el niño ya tié quien le ampare: ¡Yo, y mi tío Recaredo!! (Con cómica solemnidad, señalando a RECARDO.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

(Señalando a GRACIOSA.) ¡Ella es la novia...

1.00

Precio: 3 pesetas